BREVE HISTORIA DE LAS

Brigadas Internacionales

Jaume Claret



BREVE HISTORIA DE LAS

Brigadas Internacionales

Jaume Claret



BREVE HISTORIA DE LAS

Brigadas Internacionales

Jaume Claret



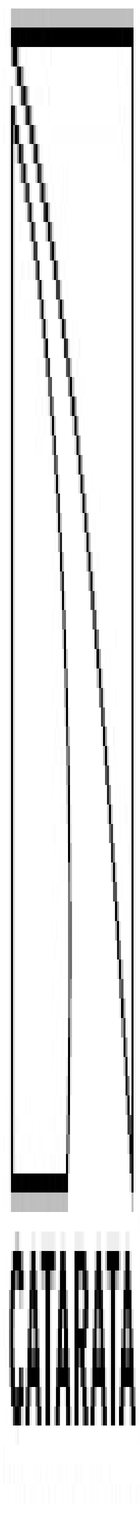
Jaume Claret

Profesor agregado y director del Máster de Historia del Mundo Contemporáneo en los Estudios de Artes y Humanidades de la Universidad Oberta de Catalunya, es licenciado en Ciencias de la Comunicación (UAB, 1996) y en Humanidades (UPF, 1998) y doctor en Historia (UPF, 2004). Centró su tesis doctoral en la historia de las universidades y las políticas universitarias españolas durante la Segunda República, la Guerra Civil y el primer franquismo, posteriormente publicada como El atroz desmoche (Crítica, 2006). Sus campos de investigación son la historia política, cultural e intelectual contemporáneas española y catalana. Entre sus últimas publicaciones destacan Pasqual Maragall: pensamiento y acción (editor, RBA, 2018), Ganar la guerra, perder la paz (Crítica, 2019) y El regionalismo bien entendido (coeditor, Comares, 2021). En Catarata publicó en 2014, junto con Manuel Santirso, La construcción del catalanismo y, ya en solitario en 2016, la primera versión de esta Breve historia de las Brigadas Internacionales.

Jaume Claret

Breve historia

de las Brigadas Internacionales


CATARATA

Colección relecturas

Diseño de colección: Carlos del Giudice

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

breve historia de Las Brigadas Internacionales

isbne: 978-84-1352-421-4

ISBN: 978-84-1352-360-6

DEPÓSITO LEGAL: M-421-2022

thema: 3MPBGJ-ES-B

es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Para Aina, Roser & Mercè (ARM&CO).

Prólogo

Era necesario un libro que sintetizara de modo claro y con rigor histórico tanto el hecho como el significado de la movilización y organización de las Brigadas Internacionales. Es justo divulgar el conocimiento de aquel conjunto de jóvenes de más de 50 nacionalidades que en 1936 decidieron luchar voluntariamente contra la sublevación militar de quienes querían abolir la legalidad establecida en la Segunda República española.

El fracaso del golpe de Estado militar dividió la geografía española en dos zonas, la controlada por los sublevados y la gobernada por la República. Los militares insurrectos desencadenaron una guerra en la que concurrieron importantes novedades históricas. Sin duda, en este libro no se pueden abordar los múltiples aspectos que convirtieron nuestra guerra civil no solo en una enorme tragedia social, sino también en un hecho histórico de la máxima repercusión política y cultural. Entre sus distintas facetas novedosas, destacó la movilización inédita hasta entonces de miles de jóvenes que decidieron jugarse la vida por el ideal de construir una sociedad más justa y más igualitaria, por encima de las diferencias que albergaban sobre la vía política más adecuada para alcanzar esa meta. Todos compartían, eso conviene subrayarlo, el sentimiento de fraternidad internacionalista, fuesen comunistas de un signo u otro, socialistas o anarquistas.

El trabajo realizado por Jaume Claret, historiador con una sobresaliente trayectoria de investigación en la historia de la guerra civil y de la primera etapa de la dictadura de Franco, nos permite tener en unas páginas muy bien escritas los hechos básicos del proceso de organización y de las acciones de aquellos casi 40.000 jóvenes que integraron las Brigadas Internacionales. Son parte de nuestra memoria y, sobre todo, de nuestra historia. Si toda sociedad necesita memoria, también es cierto que la historia, como ciencia crítica, explica los hechos sin esas mixtificaciones o sesgos que con frecuencia se constatan en los actos de conmemoración. En este libro, Jaume Claret ni suaviza ni maquilla los hechos de una organización que, en la práctica, estuvo controlada por la Internacional Comunista, lo que no

supone, de ningún modo, restar valor a los actos humanos que estudia, el de unos brigadistas inmersos en unas circunstancias de luchas tanto contra el fascismo como entre las distintas percepciones que se tenían sobre los caminos para desplegar la utopía de una sociedad de personas libres, iguales y fraternas. En dicho contexto, en aquellos años treinta del siglo XX en que se enfrentaban democracias, fascismos, comunismos y anarquismos, hay que comprender y explicar los actos de unos jóvenes con sus respectivas aspiraciones, idearios y militancias, de los que sabemos, gracias a las numerosas investigaciones ya realizadas, lo que hicieron y lo que dijeron sobre lo que hicieron, los motivos que proclamaron y los referentes sociales y culturales de los que formaban parte.

Pensamos, por tanto, que este libro constituye el mejor homenaje posible tanto a los brigadistas como a cuantos historiadores e investigadores de muy diferentes países han aportado datos, hechos y experiencias que forman el complejo entramado de la vida de aquellos jóvenes idealistas.

Antonio Selva Iniesta

y

Juan Sisinio Pérez Garzón

Presentación

Mi primer contacto serio con las Brigadas Internacionales fue extraño y casual. Mi universidad acababa de adquirir una copia de los archivos del Departamento de Estado de los Estados Unidos sobre España, y decidí mirar qué se decía sobre el periodo republicano. A diferencia de lo que sucede aquí, allí el acceso y la comercialización de la documentación oficial se encuentra perfectamente normalizado y regulado. En otras palabras, podías encontrar microfilmadas todas las comunicaciones entre las diferentes sedes españolas de la legación estadounidense y Washington, así como cualquier otro documento referido a España. Y entre ese "cualquiera" se hallaban decenas de expedientes abiertos a los voluntarios que formaron la Brigada Lincoln.

Cada uno de aquellos brigadistas estadounidenses había sido fiscalizado por su país a lo largo de los años. En cada carpeta, se agrupaban desde datos personales a copias de las cartas remitidas durante su estancia en España, desde su evolución política al seguimiento de sus carreras profesionales. La existencia de aquella documentación evidenciaba la complicada (y desconfiada) relación de los poderes públicos del país con la disidencia de izquierdas. Pero también ilustraba la continuidad del compromiso con unos determinados valores por parte de una generación.

En 1936, España era un país marginal en el concierto internacional. Y, sin embargo, el estallido de la guerra civil fue asumido como una apelación íntima y directa por miles de jóvenes de todo el mundo. Lo novedoso no era la implicación de extranjeros en cuestiones domésticas, pues contamos con ejemplos como el de lord Byron en la guerra de independencia de Grecia, sino su número, su diversidad de orígenes y su raíz ideológica. Desde su punto de vista, la guerra española era una causa justa, era la primera etapa del enfrentamiento contra el fascismo, era la defensa de unos valores democráticos para unos, revolucionarios para otros.

A pesar de la singularidad y relevancia del fenómeno no siempre las Brigadas Internacionales fueron objeto de estudio e interés. Por un lado,

jugó en su contra ser partícipes del bando derrotado y, sobre todo, el casi inmediato estallido de la Segunda Guerra Mundial que secuestró la atención de la ciudadanía y de la academia. Por el otro, la posterior guerra fría convirtió a aquellos "luchadores por la libertad" en personajes incómodos, pues en el bloque occidental representaban un compromiso ideológico molesto en momentos de máximo maniqueísmo, mientras que para el bloque oriental resultaban excesivamente heterogéneos y rompían con el unívoco relato impuesto. Finalmente, la prolongación de la dictadura franquista, durante casi 40 años, añadía mayor dificultad al reconocimiento, o cuando menos al estudio, de aquellos voluntarios extranjeros en tierra española.

Cuando en los años sesenta empezaron a elaborarse estudios serios sobre la historia española contemporánea a cargo de hispanistas principalmente anglosajones y franceses, los brigadistas volvieron a aparecer en las crónicas. La instauración de un régimen democrático en España facilitó la eclosión de la historiografía española centrada en la guerra civil y con ella los primeros reconocimientos a los voluntarios supervivientes. Paradójica y tristemente, a medida que desaparecían los últimos brigadistas se incrementaban los homenajes dentro y fuera de España. Ya nadie se extrañaba que la prensa dedicase reportajes y noticias a sus visitas y rencuentros, así como al fallecimiento de los más relevantes.

Evidentemente, los brigadistas, su compromiso, su ejemplo y sus vivencias siempre estuvieron allí. Pero las circunstancias históricas los habían forzado a los márgenes. Sorprende, al repasar sus biografías, cómo mantuvieron sus valores y su lucha bajo circunstancias bien diversas. De hecho, su huella puede reseguirse en multitud de reivindicaciones políticas y sociales. Incluso el Nobel de Literatura Bob Dylan tuvo una relación indirecta con aquellos veteranos. La activista y artista Suze Rotolo, que aparece abrazada al cantante en la portada de su segundo álbum de estudio The Freewheelin' Bob Dylan, era hija de una italiana inmigrante, Mary Teresa Pezzati, quien actuó de correo entre España e Italia llevando pasaportes americanos a los voluntarios comunistas italianos. Aquella musa del cantante de Duluth, fuertemente comprometida con el movimiento de derechos civiles e igualdad racial, habría sido también responsable, en parte, de su politización.

Con el redescubrimiento de los brigadistas también se incrementaron el número de trabajos académicos dedicados a ellos, desde los más genéricos y

pioneros hasta los últimos estudios focalizados en países y/o personajes concretos. Si la bibliografía es enorme y creciente, la huella en Internet resulta inconmensurable. En la Red pueden hallarse centenares de páginas dedicadas a brigadistas y a las Brigadas, vídeos de la guerra y de testimonios posteriores, reportajes y noticias de prensa… Tan solo en las diferentes versiones de Wikipedia se acumulan entradas documentadísimas sobre brigadas, brigadistas, batallones y batallas, especialmente en sus ediciones inglesa, francesa, alemana, italiana, española y catalana. Porque, usada con mesura y criterio, también esta enciclopedia de enciclopedias resulta de utilidad. Como destaca irónicamente el historiador de la ciencia Eduard Aibar, Wikipedia es para los académicos como el porno para la población en general, todo el mundo lo usa, pero nadie lo reconoce.

Y, a pesar de todo ello, sigue investigándose y publicando y, sobre todo, sigue incrementándose nuestro conocimiento sobre lo sucedido y sobre sus protagonistas. En este sentido, deben destacarse iniciativas como la del Sistema d'Informació Digital sobre les Brigades Internacionals (Sidbrint), cuya referente desde el inicio es la directora del CRAI Biblioteca del Pabellón de la República Lourdes Prades, corresponsable con la historiadora Teresa Abelló de su dirección. Nacido como proyecto de investigación en 2010, actualmente es un portal institucional de la Universidad de Barcelona y desde 2014 se puede consultar en línea. Agrupa tres bases de datos relacionadas: una de fuentes documentales, una de encuadramiento militar y una de brigadistas propiamente. Esta última alcanzó en abril de 2021 los 34.000 brigadistas indexados.

Entre las nuevas fuentes explotadas por el Sidbrint, destaca el Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social (RGASPI, por sus siglas en ruso). Su progresiva digitalización y acceso online han puesto a disposición de investigadores —y curiosos— miles de documentos inéditos. Entre ellos, se encuentran los legajos trasladados de forma clandestina de España a la URSS, cuyo contenido incluye detalles militares, materiales burocráticos diversos sobre las Brigadas Internacionales, expedientes personales y multitud de fotografías, datos e información de todo tipo sobre la implicación soviética en la guerra civil española.

A diferencia de estas referencias más especializadas, este trabajo aspira a facilitar una vía de entrada en todo ese conocimiento acumulado. Se trata de una síntesis modesta, en deuda con los investigadores precedentes, cuya ac-

tualización ha corregido algunos errores (como los señalados por el especialista Manuel Requena), matizado afirmaciones e incorporado nuevas informaciones. Todo ello, con la voluntad de difundir qué significaron las Brigadas Internacionales, de situar a sus principales protagonistas y de ayudar a entender qué llevó a tantos jóvenes a considerar la guerra de España como una guerra propia, a luchar por "un país que era nuestro" o que, al menos, así lo sentían.

Capítulo 1

La creación de las Brigadas Internacionales

La guerra civil española transcendió el conflicto local. Para toda una generación de jóvenes y no tan jóvenes de todo el mundo, aquella guerra fue también su guerra. Para todos ellos, en el frente español también se dirimía el enfrentamiento entre las grandes ideologías representadas en sus extremos por el comunismo y el fascismo, pero que también incluían el republicanismo, el socialismo, el catolicismo, entre otras muchas. Sin embargo, todos compartían un elemento: el antifascismo. Como ha señalado en más de un lugar el historiador Ángel Viñas, la lucha contra el fascismo fue, a menudo, el mínimo común denominador y, al mismo tiempo, un compromiso más allá de la vivencia española.

La solidaridad internacional convirtió en centro de interés un país hasta entonces marginal. De repente, España ocupaba portadas y conversaciones. En un primer momento, la defensa del régimen republicano recogió la mayoría de adhesiones de la intelectualidad internacional, desde los que querían defender a un Gobierno democrático elegido en las urnas y desafiado por un golpe militar hasta los que se sentían identificados por la revolución obrera desatada allí donde el levantamiento fracasó y la legalidad gubernamental colapsó. Esta doble vía de simpatía agrupó en un mismo bando desde intelectuales de relieve más o menos izquierdistas hasta la gran masa del movimiento obrero internacionalista. De ambos sectores, especialmente de los segundos, surgen los voluntarios que conformarán las famosas Brigadas Internacionales.

También el bando sublevado contó con la ayuda extranjera directa e indirecta. Su identificación con los valores conservadores y católicos, y su creciente proximidad al fascismo, los hizo receptores de las simpatías de los sectores más reaccionarios de las democracias occidentales, así como de los gobiernos fascistas en expansión. Esta simpatía se tradujo en apoyo logístico y propagandístico, y, a diferencia del caso republicano, en tropas conformadas por unidades oficiales y no tanto por voluntarios.

La guerra civil española no golpeó únicamente a los sectores más politizados de la opinión pública internacional, sino también a los propios gobiernos,

forzados a posicionarse. En el caso de las democracias occidentales, pesó en su posicionamiento el miedo a una infección revolucionaria en sus propios países, y también el temor de que el conflicto español se convirtiera en guerra europea, sin atender la grave posibilidad de que, si ganaba el bando sublevado, España se transformase de república democrática en una dictadura conservadora, cuando no fascista. Por eso Gran Bretaña impulsó la creación de un pacto de no intervención que alejase el fantasma de una nueva guerra mundial. Este acuerdo se inscribía en la política de apaciguamiento coordinada con Francia, y dirigida hacia Alemania e Italia. Aunque inicialmente el acuerdo fue aceptado, en realidad no sirvió para ninguno de sus objetivos.

Por una parte, ese pacto no calmó las tensiones internas en los países democráticos y desató intensos debates sobre su bondad y utilidad, especialmente en Francia, donde gobernaba la izquierda. Por otra parte, el acuerdo no evitó que las potencias fascistas se saltasen lo firmado y colaborasen, desde el primer momento Italia y posteriormente y de forma decisiva Alemania, con los militares españoles sublevados. Como ha estudiado el historiador Ángel Viñas, la ayuda fascista —especialmente en aviación— se convirtió en uno de los elementos decisivos para la consolidación de las posiciones militares de Franco y para su victoria. Y, finalmente, la política de no intervención dejó a la España republicana, como ha documentado Miguel Campos, al albur de un mercado negro donde abundaban los estafadores, los espías y, en el mejor de los casos, los sobrecostes. Todo ello acabaría por forzar la aproximación a la Unión Soviética, único país capaz de vehicular una ayuda militar y logística esencial para resistir al avance rebelde.

Los primeros voluntarios

Sin embargo, más allá de la gran política y del apoyo logístico-militar de unos gobiernos u otros, se desplegó una extraordinaria movilización de voluntades individuales por los más diversos países del planeta, especialmente a favor de la República. Los primeros voluntarios fueron extranjeros que ya se hallaban en España al producirse el levantamiento

militar. Encontramos, por un lado, refugiados políticos, fugitivos de países fascistas o en camino de serlo. En Barcelona, por ejemplo, destacaba una importante colonia de exiliados políticos, sobre todo alemanes, austríacos e italianos. Se trataba, principalmente, de militantes progresistas (socialistas, comunistas o anarquistas), con un alto grado de concienciación política como el novelista y aviador francés André Malraux (1901-1976, posteriormente resistente y ministro francés) o el socialista revolucionario italiano Fernando de Rosa Lenccini (1908-1936). Este último se había hecho famoso por el intento de asesinato contra el hijo de Víctor Manuel de Saboya. Falleció el 16 de septiembre de 1936 en el frente de Peguerinos, cerca de la sierra de Guadarrama. Por el otro, hallamos a algunos de los participantes en la Olimpiada Popular que acogía Barcelona en protesta por la concesión de los Juegos Olímpicos a la Alemania nazi. En la capital catalana se encontraban casi 6.000 atletas de diferentes delegaciones, incluidas algunas naciones sin Estado, pues la inauguración estaba prevista para el 19 de julio. Sobresalía la presencia de deportistas franceses, en claro contraste con la exigua representación alemana e italiana, por razones políticas, y la ausencia total de representantes soviéticos, seguramente por motivos económicos. Sin embargo, el intento de golpe de Estado, su fracaso y posterior revolución, alteró todos los planes.

Irún (2 IX)
B Renard y Verneir
P Walery Wróblewski y Ludwik Warynski
A Edgar André
F, B, A, Ch Leib Japolski o Jean Paul
F Jacques Manachens
F Sébastien Faure

(19 VIII) Puntza
Gorizia I

(5-6 IX) Hondarribia
Leib Japolski o Jean Paul A, F, B, Ch

Renard y Verneir B
Edgar André A
Sébastien Faure F
(18 VIII) Renteria

Zona republicana

Behovia (25 VIII)
B Renard y Vernier
A Edgar André
I Gorizia

Siétamo (2 VIII)
Berthomieu F

(29 VIII) Peguerinos
I Batallón Octubre

(25 VIII) San Marcial
P Walery Wróblewski y Ludwik Warynski

Monte Pelado (28 VIII)
Giustizia e Libertà

Polahustán (13 IX)
I Gastone Sozzi
F, B, I, P Commune de Paris

Zona franquista

Sierra de Alcubierre (22 VIII)
Thaelmann A, P, Bc

Zona republicana

El Alto del León (25 VII)
Batallón Octubre I

Pina de Ebro (2 VIII)
Gruppo Internazionale

(6 IX) Torrescusa
I Giustizia e Libertà

(28 VIII) Peraleda de la Mata
5.° Regimiento (secciones extranjeras)

Toledo (27 IX)
Gastone Sozzi I

Quicena (2 IX)
Columna Internacional I

Zona republicana

Perdiguera
Thaelmann A, P, Bc
Berthomieu F

Porto Cristo
I (9 VIII)

Santa Olalla (20 IX)
Commune de Paris F, B, I, P

Talavera de la Reina (31 VIII)
5.° Regimiento (secciones extranjeras)
I Gastone Sozzi
P, H Dombrowski
F, B, I, P Commune de Paris

Farlete (2 VIII)
Berthomieu F

Zona franquista

Tardienta (22 VIII)
Thaelmann A, P, Bc
Dinou de Juliol A

Maqueda (21 IX)
Commune de Paris F, B, I, P

Huesca (14 VIII)
Giustizia e Libertà I
Columna Internacional Lenin I, F, Ar, B
Thaelmann A, P, Bc
Columna Internacional I
Batallón Rojo y Negro I
Battaglione della Morte I
Commune de Paris F, B, I, P

Zona franquista

0 200 km



Mapa de acciones de las Brigadas de julio a octubre de 1936.

Fuente: Dageno. Wikimedia Commons

Muchos de los deportistas extranjeros participaron activamente en las barricadas barcelonesas de primera hora. El atleta austríaco Mechter, muerto el 19 de julio, está considerado el primer voluntario abatido; así como la artista comunista Felicia Browne, que quería asistir a las Olimpiadas y acabó convirtiéndose en miliciana, fue la primera víctima británica y quizás la primera extranjera en morir por fuego enemigo en Tardienta. Aunque algunos de estos pioneros regresaron a sus países a partir del 24 de julio, cuando la situación en la capital catalana parecía consolidada a favor de la revolución, otros permanecieron. Se calcula que aproximadamente 200 atletas se integraron como voluntarios en las columnas que, desde Cataluña, se dirigieron al Frente de Aragón.

Con la aureola de venir a jugarse la vida en defensa de unos ideales, estos primeros voluntarios extranjeros los hallamos durante el verano de 1936 en tres frentes principales. En primer lugar, en el ya citado Frente de Aragón. Bajo la consigna “¡A Zaragoza!” se lanzaron hacia la capital aragonesa diferentes columnas que respondían a las distintas ideologías protagonistas de la revolución en la retaguardia catalana y valenciana. En pocos días, lo que se había planteado como un desfile triunfal se convirtió en los Monegros en guerra abierta, trincheras y, poco después, decepción.

Las siglas del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), entre otras, cobijaban entusiasmo, inexperiencia, militantes, espontáneos, aventureros, oportunistas y extranjeros. Se trataba, principalmente, de columnas milicianas a menudo autónomas y siempre agrupadas por afinidades políticas y/o lingüísticas.

En las columnas anarquistas combatieron diferentes unidades formadas por italianos, como la Centuria Guistizia e Libertà, que agrupaba a republicanos liberales, o la Centuria Malatesta, constituida por anarquistas,

más conocida como el Batallón de la Muerte por sus espectaculares uniformes negros. También anarquistas, pero alemanes, eran los integrantes del Grupo Internacional Erich Mühsan, bautizado así en homenaje al ensayista anarquista judeo-alemán (1878-1934). Entre estos primeros voluntarios, se encontraban personajes como la filósofa francesa Simone Weil (1909-1943).


VOLUNTEERS FOR LIBERTY
Santander
Bilbao
Burgos
Fuentes de Ebro
Quinto
Belchite
Huesca
Brunete
Segura de Baños
Barcelona
Caspe
Gandesa
Madrid
Teruel
Jarama
Valencia
Fuente Ovejuna
Albacete
Andújar
Alicante
Córdoba
Cádiz
Málaga
Almería
INTERNATIONAL BRIGADE SPAIN 1936–9

En el caso del PSUC, diversas fueron las unidades extranjeras cobijadas bajo sus siglas. Entre ellas, destacaba la Centuria Thälman o Thaelmann de los comunistas alemanes y la Centuria Gastone Stozzi de los italianos. Por su parte, el POUM contaba con una Columna Motorizada, conocida como Batallón de Voluntarios Obreros del 20 de julio, dirigida por un argentino de origen alemán, Hipólito Etchebéhère (1900-1936), a quien, al morir en Atienza en agosto de 1936, le sucede en el mando su esposa Mika Feldman de Etchebéhère (1902-1992), ambos de simpatías trotskistas. A menudo, sus nombres recordaban referentes políticos de izquierdas como la Walery Wrobleski (1836-1908, polaco caído durante la Comuna de París), la Tom Mann (1856-1941, comunista inglés que, por edad, no pudo ir al frente, pero sí apoyar al Frente Popular) o la Comuna de París.

Precisamente, la Comuna de París se situó en el segundo de los frentes estivales con presencia extranjera. Este batallón franco-belga entró en combate en agosto de 1936 en Irún, bajo el mando del comunista francés Jules Dumont (1888-1943), quien, años más tarde, sería ejecutado por la Gestapo por su participación en la resistencia. El objetivo prioritario de las fuerzas republicanas reforzadas con los voluntarios polacos, italianos, franceses, belgas y alemanes era detener la ofensiva franquista del general Emilio Mola para capturar el último punto de comunicación terrestre con Francia que le quedaba a la República en el norte. Sin embargo, el 2 de septiembre, Irún caía en manos de los sublevados.

El tercer frente relevante con protagonismo precoz de los voluntarios extranjeros fue Madrid. Aunque las tropas rebeldes se habían retrasado en su avance hacia la capital para conquistar el Alcázar de Toledo, a principios de otoño ya estaban a tan solo 100 kilómetros. Convencidos de la próxima caída de Madrid, el Gobierno republicano evacuaba a las principales autoridades (de hecho, el 7 de noviembre trasladaba la capitalidad republicana a Valencia) mientras movilizaba a todas las tropas disponibles para prolongar la resistencia al máximo. Entre estas fuerzas leales figuraban los voluntarios extranjeros provenientes de otros frentes. Encuadrados según su origen y filiación política, la mayoría de efectivos quedaron adscritos a la Columna Libertad del capitán Rafael López-Tienda o al famoso Quinto Regimiento. El choque, de gran violencia, se prolongaría lo suficiente como para que estos primeros pioneros extranjeros pudieran pasar el relevo a las Brigadas Internacionales.

Al margen de los tres frentes principales ya citados, también localizamos voluntarios internacionales en la fracasada y puntual expedición que entre el 16 de agosto y el 4 de septiembre de 1936 intentó recuperar el control de la isla de Mallorca. Dentro del heterogéneo contingente armado bajo el mando del capitán Alberto Bayo, se hallaba el obrero del textil, comunista y judío londinense Nat Cohen. Cohen había llegado a Barcelona junto con dos compañeros de igual extracción, Sam Masters y Alex Sheller. Los tres habían viajado en bicicleta para asistir a las Olimpiadas Populares y no dudaron en unirse a las milicias antifascistas.

Capaz de defenderse en castellano, Cohen encabezó el grupo anglosajón que participó del intento de reconquista de Mallorca, una operación impulsada contra el criterio del gobierno republicano que desconfiaba de las intenciones de las autoridades catalanas. A pesar del fiasco militar, aquel episodio tuvo importantes consecuencias personales. En las trincheras mallorquinas, coincidió con milicianas y una de aquellas mujeres fuertemente politizadas, Ramona Siles Garcia (1904-1965), se convertiría en su pareja. De regreso al piso de ella en Barcelona y dado que ambos compartían el deseo de volver al combate, decidieron crear su propia unidad, transformando el improvisado grupo Tom Mann que había intervenido en Mallorca en la antes citada y más consolidada centuria Tom Mann. Una famosa fotografía publicada el 19 de septiembre de 1936 en el Daily Worker, periódico oficial del Partido Comunista británico, inmortalizaba el momento y, entre otros combatientes, a la pareja de enamorados.

Gonzalo Berger y Tània Balló han reconstruido la historia de ambos y, al mismo tiempo, han recuperado la voz de unas voluntarias a menudo olvidadas o marginadas del gran relato. No únicamente españolas, sino también extranjeras, como la novelista Sylvia Towsend Warner (1893-1978) y su pareja la poeta Valentine Ackland (1906-1969), llegadas a Barcelona como voluntarias de la Cruz Roja y que rápidamente hicieron amistad con Ramona Siles. El proyecto Museo Virtual de la Mujer Combatiente recoge buena parte de estas historias militares en femenino.

Mientras tanto, la pareja británico-española se casaba oficialmente y compartían destino y trinchera en el frente de Aragón. Poco después, Nat Cohen era herido de gravedad y repatriado a Londres. Ramona fue con él y, tras algunas dificultades burocráticas, ambos se instalaron en Inglaterra.

Desde allí siguieron la triste suerte de sus compañeros de centuria, pues la mayoría fueron heridos o muertos, vieron nacer a sus dos hijos (Dolores en enero de 1938 y Sam un año más tarde), sobrevivieron a los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, colaboraron con las organizaciones de retaguardia y finalmente murieron, Ramona en agosto de 1965 y Nat en fecha desconocida, sin ningún reconocimiento del país donde se conocieron.

CENTURIA INGLESA
ANTIFASCISTA
TOM MANN
CIPLINA PROLETARIA
CERA AL FASCIS

Los miembros de la centuria Tom Mann, de izquierda a derecha: Sid Avner, Nat Cohen, Ramona Siles, Tom Wintringham, Georgio Tioli, Jack Barry y David Marshall.

Fuente: International Brigade Memorial Trust.

También tuvo su bautismo de fuego en Mallorca la alemana Margarita Zimbal, alias Putz, quien perdió a su compañero Erwin Bresler defendiendo las posiciones tomadas en el pequeño pueblo marítimo de Porto Cristo. Retornada a Barcelona, trabajó en la agencia internacional del POUM antes de volver al frente. A las afueras de Huesca, atendiendo a un miliciano italiano, fue abatida y el 24 de octubre de 1936 era enterrada en el cementerio barcelonés de Montjuïc.

Mayor fortuna tuvieron las también alemanas Charlotte Margolin y Nanny Jeannette Bloch. La primera militaba en el POUM, fue la única mujer médico en el frente de Aragón y posteriormente, a consecuencia del los Hechos de Mayo de 1937, sería encarcelada hasta finales de 1938, perdiéndose su pista. La segunda era comunista y participó tanto en las operaciones en Mallorca como en Aragón. En febrero de 1937 dejó las milicias del PSUC para ingresar en las Brigadas Internacionales, llegando al grado de teniente y siendo destinada a Sanidad, pues era médico de formación. Permaneció hasta el final de la guerra en España, para luego instalarse en Francia y finalmente en Israel, donde falleció en el 2000.

Las Brigadas Internacionales y la Comintern

A los voluntarios iniciales, tanto los previamente exiliados o residentes en España como los deportistas asistentes a las Olimpiadas Populares, se fueron sumando los extranjeros que, desde las primeras semanas de conflicto, cruzaron la frontera por sus propios medios para incorporarse a una lucha que los interpelaba por militancia política o por simpatía hacia el

Frente Popular. En el caos de aquellas semanas, nadie llevó una contabilidad de ese goteo, por lo que resulta complicado saber con certeza las cifras. Además, la desorganización en la retaguardia republicana facilitó que dichos voluntarios se mezclasen en un primer momento con las diferentes columnas y frentes de combate.

Estos voluntarios extranjeros acabaron siendo la base principal de las famosas Brigadas Internacionales. Más allá de estas citadas excepciones, mayoritariamente su traslado a España no fue espontáneo, sino que respondió a la voluntad de la Internacional Comunista —más conocida, por su abreviatura del inglés, como Comintern— de vehicular y encuadrar a los futuros brigadistas.

Mencionar a la Comintern equivalía a hablar de la Unión Soviética, pues dicha organización constituía un brazo más de la política internacional y de propaganda de la revolución comunista. Con la expansión del fascismo por Europa y la consolidación de Stalin en el poder, la Internacional Comunista apoyó una reorientación ideológica para vertebrar amplias alianzas de izquierdas que frenasen la extrema derecha en Europa. Estos frentes populares, triunfantes en Francia y España, tenían como objetivo último proteger a la Unión Soviética, impidiendo acuerdos entre las democracias occidentales y los fascismos ascendentes. En último lugar, Stalin buscaba convertirse en un aliado fiable, aunque fuese a costa de limitar la revolución comunista a su propio país, pero a cambio podría participar en cualquier iniciativa antifascista que ampliara su influencia internacional.

Así, mientras en la Unión Soviética arreciaban las purgas de Stalin contra cualquier disidencia, el Comintern abogaba por reunir todas las fuerzas posibles en la lucha contra el fascismo en España. Ello incluía tanto el apoyo militar y logístico soviético como la creación de unidades de voluntarios extranjeros, cuya idea comenzó a circular ya durante el mes de agosto en Moscú. El Secretariado de la Comintern aprobaba el 18 de septiembre de 1936 la puesta en marcha del reclutamiento y propaganda, cuya responsabilidad organizativa se encomendó a los dirigentes del Partido Comunista Francés, encabezados por André Marty (1886-1956), figura decisiva en las Brigadas Internacionales, contando siempre con la efectiva cooperación del Partido Comunista de España (PCE) sobre el terreno, y también con el apoyo de los hombres de Stalin. Entre estos últimos destacó la activa presencia del italiano Luigi Longo (1900-1980) como inspector de

la Brigadas, posteriormente secretario general del Partido Comunista italiano, o la del yugoslavo Josep Broz (1892-1980), más conocido como Tito, como agente del espionaje soviético y reclutador, posteriormente líder de la resistencia comunista yugoslava y máximo dirigente del Gobierno de la hoy desaparecida Yugoslavia durante 27 años.

Esta profunda imbricación con el mundo comunista se evidenció en la militancia de muchos de los voluntarios, pero sobre todo en la cúpula dirigente donde casi todos los mandos y comisarios políticos pertenecían a la Comintern, cuando no directamente a los servicios secretos soviéticos. Este trasfondo "comunista-soviético" comportó una positiva priorización de la disciplina militar, pero también tuvo su compensación negativa con la persecución de cualquier "desviación ideológica". Ello provocó no pocas purgas y, en algunos casos, alejó a determinados voluntarios extranjeros de las Brigadas.

El Gobierno del socialista Francisco Largo Caballero, constituido el 4 de septiembre de 1936, y los anarcosindicalistas de la CNT no veían con buenos ojos la creación de unas unidades tan vinculadas a la Comintern, tanto por su carácter extranjero como por su filiación comunista, que, por supuesto, beneficiaba al PCE. Estas reticencias desaparecieron cuando se comprobó el avance de las tropas sublevadas sobre Madrid. Las necesidades bélicas pasaron a ser prioritarias y los responsables del gobierno de la República, necesitados de cualquier apoyo posible, aparcaron sus escrúpulos a la ayuda soviética y a esas tropas de brigadistas recién reclutados. De hecho, si los primeros carros de combate soviéticos desembarcaban en el puerto de Cartagena el 12 de octubre de 1936, la madrugada del 14 de ese mismo mes llegaban a Albacete los primeros voluntarios internacionales, para establecer allí sus campos de residencia y entrenamiento.

No es causal tampoco que la reorganización del ejército republicano coincidiera con la puesta en marcha de las Brigadas Internacionales. El 23 de octubre se creaba oficialmente la División Orgánica de Albacete, con la misión de organizar y asistir de forma centralizada a los voluntarios internacionales y coordinarse con el Estado Mayor republicano. Diego Martínez Barrios, presidente de las Cortes y delegado del Gobierno en Levante, se convirtió en el enlace entre el Gobierno y ese organismo autónomo regido por consejeros soviéticos. Sin embargo, su plena legalización no se produjo hasta el decreto de 27 de septiembre de 1937, casi

un año después, cuando se las instituyó como alternativa republicana a la Legión Extranjera amparada por las potencias fascistas.

París era el epicentro de reclutamiento de voluntarios, mientras que en cada país las organizaciones comunistas locales o asociaciones e instituciones de solidaridad garantizaban la capilaridad del llamamiento. Así, encontramos el Centro Cultural Español de Orán o el Comité Amsterdam-Pleyel, encabezado por el comunista alemán y cuadro relevante de la Comintern, Willy Mïunzerberg (1889-1940), posteriormente convertido en antifascista y antiestalinista y fallecido en extrañas circunstancias en la Francia ocupada.

El Comité de Ayuda Mutua a la España republicana, que era la fachada del Partido Comunista francés y la Comintern para la selección y enrolamiento de los voluntarios, se convirtió en el punto de encuentro para la inmensa mayoría de ellos. En París cada recluta recibía la documentación facilitada por el Gobierno republicano y viajaban en tren hacia Perpiñán o vía Lyon hacia Marsella. Quienes cruzaban la frontera pirenaica eran concentrados inicialmente en el castillo de Figueres, donde recibían una primera instrucción militar de tres o cuatro días antes de dirigirse a los frentes más necesitados. Superadas estas primeras urgencias, las siguientes levas de voluntarios sí que seguían su camino, vía Barcelona, en tren hasta Albacete para su formación, donde coincidían con los llegados por vía marítima a los puertos republicanos.

La mayoría de ellos se definían como antifascistas, con una experiencia militar más bien escasa, aunque también se incorporaron veteranos de la Primera Guerra Mundial; con una extracción social mayoritariamente obrera pero que incluía a elementos intelectuales; y con una importante presencia comunista e incluso vinculada a la Comintern, que convivía con militantes de una amplia diversidad ideológica dentro de la izquierda.

CERRAR EL PASO AL FASCISMO

BRIGADAS INTERNACIONALES

Cartel de las Brigadas Internacionales.

Fuente: CEDOBI.

Aunque la estructura de mando se hallaba en manos de la Comintern, sobre el terreno estaban sometidas al mando militar republicano y respondían a las órdenes de este. No hay que olvidar que la tropa estaba conformada por una gran diversidad de orígenes, cuyo elemento común era el antifascismo. Entre los calificados por la propaganda republicana como "voluntarios de la libertad", había quien provenía de dictaduras y regímenes fascistas —de Alemania a Polonia, pasando por Italia—, y quien se había sumado desde países democráticos como Estados Unidos, Gran Bretaña o la ya citada Francia. Por lo tanto, y a pesar del peso innegable de la Internacional Comunista, resulta excesivamente simplista hablar de las Brigadas como una palanca comunista. Así, podía hallarse una presencia nada desdeñable de republicanos o socialistas del ala más izquierdista, entre estos últimos encontramos a Pietro Nenni (1891-1980), cofundador y comisario político de la Brigada Garibaldi, y posteriormente ministro y secretario general del Partido Socialista Italiano, o Julius Deutsch (1884-1968), general en las Brigadas y alto dirigente de los socialistas austríacos, antes y después de la guerra.

No obstante, algunos extranjeros prefirieron combatir en unidades del ejército republicano o de otras organizaciones, fuese por deseo de sustraerse al control político comunista, fuese por mayor simpatía con otras ideologías. Así, un pequeño número de socialistas, anarquistas o marxistas ajenos al comunismo prefirieron enrolarse en unidades de otras organizaciones disidentes respecto de la Comintern, o directamente en las unidades regulares. Ni tan siquiera cuando el Gobierno republicano, tras los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, dictó la obligación de que todos los extranjeros se encuadrasen en las Brigadas se cumplió dicha orden. Fue el caso del escritor británico George Orwell (1903-1950), incorporado a las fuerzas del POUM, y que vivió en primera persona los enfrentamientos político-militares en la retaguardia republicana, relatados en su Homenaje a Cataluña.

Albacete, capital brigadista

La principal base de los brigadistas se instaló en Albacete capital. Su elección se argumentó por su situación lejana de los frentes y de los grandes centros urbanos y, al mismo tiempo, equidistante y con buena comunicación con los citados frentes. Desde Figueras empezaron a llegar los primeros trenes de voluntarios. Los 1.500 iniciales lo hacían el 14 de octubre, por lo que se tuvo que encontrar con urgencia edificios donde alojarlos y acondicionarlos mínimamente. No fue sencillo y se corría el peligro que la buena acogida inicial por parte de la población partidaria de la República se agotase y se convirtiera en resquemor.

Como ha documentado María Rosa Sepúlveda, se confiscaron casas privadas de partidarios de los sublevados, edificios particulares (como el colegio de las dominicas) y propiedades públicas (como el cuartel de la Guardia Civil). Pero estos espacios debían acondicionarse, pues se necesitaban camas, comida, letrinas, etc. Y, al mismo tiempo, también urgía solucionar la logística militar de armamento, uniformes o instrucción.

A pesar de los esfuerzos oficiales, las llegadas continuas de nuevos contingentes superaron a las autoridades y a los propios mandos militares. Durante los primeros días, los brigadistas deambulaban por la ciudad, faltaba disciplina, crecía la incomodidad entre la población y no siempre se contaba con suficientes recursos para acogerlos, alimentarlos y mantenerlos. Además, al ser de orígenes tan diferentes, no resultaba fácil la comunicación y, por tanto, la organización, de modo que durante los primeros días la base fue rebautizada popularmente como la “Babel de la Mancha”.

Poco a poco, algunas de estas dificultades fueron solucionándose con la apertura de comedores oficiales (no siempre bien surtidos), con la llegada de los primeros equipamientos militares (a menudo variopintos) y con la distribución por diferentes pueblos albaceteños (como La Roda, Tarazana de la Mancha o Madrigueras) y conquenses (como Villanueva de la Jara) de tropas, campos de entrenamiento, bases militares y centros logísticos y de

apoyo. De hecho, en el aeródromo albaceteño de Los Llanos ya se hallaba la aviación rusa, los aviadores y sus intérpretes. En cambio, en Albacete capital permanecieron la mayoría de los mandos, así como los principales servicios de intendencia y sanitarios, correos y medios de comunicación.

Con el paso de los meses, en Albacete se organizó un complejo universo capaz de atender las necesidades de miles de brigadistas. Ello incluía desde la mejora de la alimentación y el vestido a la habilitación de explotaciones y talleres propios, o a la creación de un importante dispositivo de comunicación. Así, además de gestionar la ingente correspondencia entre los soldados y sus familias y amigos, se fundaron decenas de cabeceras en diversos idiomas.

También fueron de gran relevancia los servicios sanitarios, como han recogido los especialistas Manuel Requena y María Rosa Sepúlveda. Tanto en el frente como en la retaguardia, hallamos a un buen número de voluntarios internacionales con formación médica y de enfermería. Muchos de ellos importaron técnicas novedosas e incluso realizaron innovaciones sobre el terreno. Como ha documentado el historiador Carles Brasó Broggi (él mismo nieto de un médico catalán que compartió quirófano con algunos de aquellos galenos extranjeros), un grupo de estos doctores enlazó su participación en la guerra civil española con la china, ayudando a las tropas encabezadas por Mao Zedong a organizar su sanidad y atención médica.

El máximo responsable de la organización de los voluntarios fue el ya citado Marty, que desempeñó la responsabilidad como inspector general de las Brigadas por ser miembro del Secretariado de la Comintern, además de ser uno de los líderes del Partido Comunista francés. Su actuación como comisario político no estuvo exenta de polémica. Su carácter fanfarrón y pendenciero y alguna actuación polémica sirvieron para que la propaganda anticomunista y de los propios sublevados le atribuyeran el apodo de “el carnicero de Albacete”. Es cierto que impulsó algunas purgas tras las derrotas, que tuvo un papel activo en casos concretos como la condena a muerte del comandante del Batallón de La Marsellesa, Gastón Delasalle, en diciembre de 1936, y que incluso fue llamado a justificar su actuación en Moscú en abril de 1937.

Sin embargo, medidas como el fusilamiento de los desertores quedaron a menudo en declaraciones y advertencias, pues, de haberse llevado a cabo, la

masacre se hubiera llevado por delante al millar de renegados que calculan diversas fuentes. Según Giles Tremlett, los castigos reales no acostumbraban a ser tan drásticos y, tras un periodo de prisión, se les enviaba a unidades disciplinarias. Además, las tradiciones nacionales influían y, mientras los británicos se mostraban comprensivos con quienes retornaban a su casa, los comunistas alemanes eran mucho más inflexibles. En el batallón Abraham Lincoln, por ejemplo, las cifras de desertores fusilados estarían entre dos y siete casos.

Lo cierto es que, aunque hubo abusos y castigos, los primeros estuvieron protagonizados por mandos concretos, especialmente los vinculados al Servicio de Información Militar (SIM), y los segundos a menudo correspondían a acciones disciplinarias propias de la guerra. Así, determinadas faltas graves comportaban el internamiento en campos de trabajos forzados, cárceles o unidades de castigo. Fue en algunos de estos espacios, donde se produjeron atropellos escandalosos, como los protagonizados por el teniente francés Marcel Lantez en el castillo de Castelldefels, reconvertido en prisión. Haciendo honor a su apodo, la Hiena, las palizas, los maltratos, las torturas y el terror eran lo habitual. La situación se alargó hasta septiembre de 1938, cuando Marty ordenó liberar a los 400 brigadistas y juzgar y encarcelar a Lantez.

De hecho, Marty permanecerá en España hasta casi el final de la guerra, pues en febrero de 1939 todavía lo hallamos comandando un batallón sobre el río Ter. Al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, se encuentra en la Unión Soviética trabajando para la Comintern. En 1943 se le envía a Alger como representante del Partido Comunista francés ante las fuerzas de la Francia Libre encabezadas por el general Charles de Gaulle. Estalinista convencido, fue diputado en la Asamblea francesa hasta 1955, aunque con choques cada vez más frecuentes con sus camaradas que acabaron expulsándolo del partido en 1952. Moría en 1955 cerca de Toulouse.

Retomando el hilo, a su llegada, los voluntarios debían rellenar un cuestionario sobre su formación y preparación. Quien disponía de experiencia militar, obtenía de entrada funciones de mando provisional y quedaba adscrito a uno de los campos de instrucción y entrenamiento, a uno de los parques de blindados o también a campos de aviación. Desde principios de noviembre, llegaron las primeras partidas de un armamento pobre y dispar, siendo la falta de municiones el principal de los problemas. Sin un uniforme

unificado y distintivo, los brigadistas adoptaron como emblema la estrella roja de tres puntas del Frente Popular Internacional, donde cada una de ellas representaba a los anarquistas, socialistas y comunistas. Hoy este emblema está presente en la mayoría de homenajes y trabajos dedicados a los brigadistas.

Tras los primeros voluntarios, los números de inscritos aumentaron extraordinariamente gracias a las diferentes campañas celebradas por toda Europa y Estados Unidos, y fruto del trabajo de la recién creada oficina internacional de reclutamiento en París. Las Brigadas se crearon, por tanto, de forma sucesiva y con numeración correlativa, entre octubre de 1936 y enero de 1937. Se constituyeron un total de cinco, de la XI a la XV, con tres o cuatro batallones cada una de ellas, formados por lo general sobre la base de la nacionalidad, la lengua o la afiliación política de los respectivos voluntarios.

Las primeras Brigadas fueron la XI, XII y XIII, y dentro de ellas se encontraban los diferentes batallones organizados según cada nacionalidad, con el objetivo de darles mayor cohesión y de facilitar la comunicación entre sus integrantes. Las primeras unidades estaban compuestas sobre todo por franceses, belgas, italianos y alemanes, quienes identificaban la guerra civil española como el primer paso para combatir el fascismo y el nazismo que se hacía fuerte en Europa.

Los brigadistas jugaron un papel relevante al poco tiempo de su llegada. En noviembre de 1936 desempeñaron un papel decisivo de apoyo humano y moral para evitar la caída de la capital española en manos de las tropas rebeldes. De hecho, desde entonces, su ejemplo de compromiso y sus arraigadas convicciones ideológicas los convirtieron en un revulsivo imprescindible en buena parte de las batallas en que participaron. Sin embargo, a finales de 1936, empezaron a acusar el desgaste y las bajas, además de las dificultades para incorporar nuevos voluntarios a causa del bloqueo practicado por los gobiernos occidentales. A partir de la propuesta franco-británica del 4 de diciembre de 1936 ante el Comité de No Intervención para prohibir y frenar el flujo de brigadistas, diferentes países se adhirieron a la medida. De repente, incorporarse a luchar en las filas republicanas se convirtió en algo clandestino. Voluntarios y armamento soviético siguieron fluyendo hacia España, pero ahora tuvo que ser organizado bajo mano, por el cauce de las diversas organizaciones de apoyo

a la República y siempre que se contase con una cierta tolerancia gubernamental del país del que procedían.

Fue precisamente a partir de diciembre de 1936 cuando se activó la llegada de voluntarios americanos. Su incorporación supuso una revitalización moral para las maltrechas tropas internacionales. Así, a las tres iniciales Brigadas se sumaron la XIV y la XV. De estas cinco Brigadas, las dos primeras jugaron un papel destacado como acicate para el resto.

La XI, por ejemplo, se hallaba dirigida por el austro-húngaro y general soviético Manfred Zalmánovich Stern, conocido como Emilio Kléber (1896-1954). Sus habilidades políticas y su experiencia militar se pusieron a prueba en la batalla de la Ciudad Universitaria, durante la defensa de Madrid en noviembre de 1936. Al ser repelido el ataque del bando nacional, Kléber ganó fama internacional y el calificativo de "salvador de Madrid". Esta relevancia se mantuvo hasta principios de 1938 cuando, tras haber participado en los principales choques militares, fue relevado del mando militar y reconvertido en enlace entre el Comintern y el Gobierno español. Sin embargo, su suerte estaba echada, pues su prestigio y fama lo convirtieron en víctima de las purgas estalinistas. Condenado a 15 años de prisión y borrado de la historia oficial, falleció en el gulag en 1954.

También la Brigada XII tuvo una participación destacada en la defensa de Madrid y contó con un comandante reconocido, en este caso el escritor y comunista húngaro de origen judío Máté Zalka, más conocido como Paul Lukács (1896-1937). Lukács no llegó a ver el final de la guerra, pues murió el 11 de junio de 1937 en el frente de Aragón a causa de un obús de artillería que impactó en su vehículo mientras inspeccionaba la zona de la futura ofensiva de Huesca.

En la primavera de 1937, tras la batalla del Jarama, se inició una reestructuración de las Brigadas, haciéndolas más homogéneas por nacionalidades. Así, la XI pasó a ser de mayoría alemana; la XII, italiana; la XIV, francesa, y la XV, anglosajona, con efectivos provenientes tanto de Gran Bretaña como de Canadá y Estados Unidos. En otoño de 1937, la Comintern dio un nuevo impulso a la campaña de reclutamiento. En febrero de 1938 se logró un máximo de 1.300 voluntarios. Fue su canto del cisne. De hecho, y a pesar de mantener el nombre de Brigadas Internacionales, unidades españolas empezaron a cubrir las bajas y los traslados, pues, por

ejemplo, los batallones franco-belga y alemán de la XII Brigada fueron adscritos a otras fuerzas. A finales de 1937, el 60 por ciento de los brigadistas eran, en realidad, reclutas españoles.

Todavía se intentaron crear nuevas fuerzas con la constitución de la LXXXVI Brigada, con una aportación mínima de extranjeros, y la CXXIX Brigada, que pretendía agrupar los restos de internacionales, con predominio balcánico. A partir de entonces, el declive fue pronunciado. El progresivo empeoramiento de la situación militar republican, con la conquista franquista de Vinaroz y la partición del territorio republicano en dos, ofreció argumentos a las potencias occidentales para cerrar todavía más el grifo fronterizo. Fueron hechos que enfriaron el entusiasmo y el alistamiento de los potenciales nuevos brigadistas. Los que aún se incorporaron ya no llegaron a Albacete, sino que permanecían en diversas bases catalanas. Poco después, la mayoría de los brigadistas eran concentrados en Montblanc, movilizados para participar en la ofensiva del Ebro, pero ya mayoritariamente integrados en unidades regulares del Ejército Popular de la República.

Capítulo 2

Brigadistas

Las Brigadas Internacionales agruparon a voluntarios de 54 países diferentes. Algunos venían a combatir por la República, en genérico, mientras que la mayoría luchaba por ideologías concretas, todas de izquierdas, o en contra de los sublevados el 18 de julio de 1936 que contaban con apoyos fascistas.

El número exacto de brigadistas siempre había sido motivo de debate, cuando no de polémica interesada. La controversia la alimentaban sobre todo desde el lado franquista, para inflar la participación extranjera en el bando republicano, sustentar la supuesta dependencia comunista y diluir la ayuda recibida desde las potencias del Eje. Más allá de estos intereses espurios y propagandistas, el baile de cifras se acentuaba por razones objetivas, pues algunos extranjeros se integraron directamente en columnas republicanas, participaron en unidades auxiliares (médicos, conductores, enfermeras...), mantuvieron vínculos indirectos (algunos enviados como periodistas alternaron, por ejemplo, su cometido profesional con el apoyo republicano) o resultaron de difícil ubicación (el caso de los diferentes asesores y personal diplomático, a menudo espías con identidades falsas).

Las primeras estimaciones se vieron condicionadas por estas limitaciones. Así, los pioneros cálculos de Andreu Castells situaban los voluntarios en 59.380 personas. Sin embargo y a medida que se podía consultar nueva documentación, la cifra fue rebajada y ajustada a la realidad. Gracias al historiador francés Rémi Skoutelsky, que tuvo acceso a los archivos soviéticos y de la Comintern tras el hundimiento de la URSS, hoy sabemos que los efectivos superaron los 32.000, pero nunca llegaron a 35.000. O, dicho a la manera de Ángel Viñas, los brigadistas fueron menos de la mitad del contingente de guerreros marroquíes que lucharon con Franco. Es decir, una cifra muy alejada de los números que ambos bandos dieron como propaganda, por intereses contrapuestos. La investigación histórica ha situado así en sus términos exactos el peso de este contingente de voluntarios a favor de la República, por más que nostálgicos del franquismo persistan en el empeño de exagerar la ayuda internacional que recibió el régimen republicano legalmente establecido.

Sabemos, además, que sobre el terreno nunca se superaron los 20.000 voluntarios de diciembre de 1937, pues en general las estancias fueron cortas y los relevos frecuentes. De forma estable, seguramente la cifra se situó en los 15.000. Respecto de las muertes, las bajas fueron muy altas, cercanas a las 10.000, según Víctor Hurtado. A estos deben sumarse los 7.000 prisioneros, desaparecidos y desertores, y los 13.000 evacuados. Lógicamente, la nacionalidad con más bajas fue la francesa, con 2.659, porque franceses fueron el mayor contingente de voluntarios, seguida de los 1.053 de Alemania, los 556 del Reino Unido, los 525 de Yugoslavia, los 519 de Estados Unidos, los 492 de Bélgica, entre otros. Son datos parciales, pues, por ejemplo, no contamos con cifras para Polonia.

Son pérdidas muy altas, debido a que, en general, se implicaron con especial arrojo en cada una de las diferentes batallas en las que participaron. Como destaca Javier Maestro, no es extraño que se mitificara su solidaridad y heroicidad, ya que constituían una vanguardia militar que, en primera línea de frente, logró desplazamientos rápidos y estratégicos, básicos para desbaratar el plan inicial de los sublevados de emprender y ganar una guerra rápida.

Como ya se ha comentado, la principal motivación de estos voluntarios era ideológica. Así, destacan tres características: una mayoría de militantes y simpatizantes comunistas, un origen social obrero abrumador, pues tenía esta condición el 80 por ciento de los brigadistas, y en todos los casos un activo compromiso de lucha contra el fascismo. Este último factor explica que un 10 por ciento de los brigadistas fueran judíos, o que alemanes e italianos constituyeran unos de los contingentes más importantes. La experiencia previa en sus países los hacía más sensibles al drama español. Sin embargo, el colectivo principal fue el francés. Era el país más cercano y con una historia más próxima. Además vivían situaciones políticas similares a la española, con su experiencia de Frente Popular. También constituían grupos relevantes, según José Luis Martín Ramos, los polacos, los estadounidenses, los balcánicos y los británicos, mientras que el resto de nacionalidades suponían poco más de la cuarta parte del total.

Dentro del baile de cifras ofrecido por los diferentes autores, resultan más creíbles los datos facilitados en los trabajos más recientes, a menudo focalizados en estudios de caso sobre un país u organización. No obstante, algunas de las fuentes se contradicen, pues las cifras dependen de la

documentación consultada y, a menudo, se detectan duplicidades y/o las distribuciones actuales no encajan con las de la época. Así, algunos voluntarios provenían de países desaparecidos a consecuencia de la Primera Guerra Mundial, pertenecían a minorías étnicas, se identificaban culturalmente con terceras nacionalidades o, directamente, mentían u ocultaban sus orígenes. Por ejemplo, un súbdito del Imperio austrohúngaro, descendiente de judíos de la Galitzia polaca, nacido en Budapest, exiliado en Francia y militante de la Comintern podía ser contabilizado en cinco o seis categorías.

Con todas estas prevenciones en mente, Francia encabezaría el listado con 9.900 voluntarios. La seguirían Polonia con unos 4.500, Italia con unos 3.500 y Alemania con unos 2.800. A una cierta distancia encontraríamos la aportación anglosajona con los 2.750 estadounidenses, los 2.300 británicos o los sorprendentes 1.700 canadienses, de los cuales, según Michael Petrou, el 78% eran inmigrantes nacidos fuera de Canadá y con un alto porcentaje de judíos.

También destaca la presencia de belgas, húngaros, yugoslavos, austriacos o suizos con unos números aproximados de 2.500, 1.500, 1.300, 1.045, 740 y 516, respectivamente. Fuera de Europa, sobresalen los 468 argelinos, los 414 mexicanos, los 326 palestinos o, dada la distancia geográfica, los 55 australianos o los 12 chinos. De este último contingente, como han documentado los taiwaneses Hwe-Ru Tsou y Len Tsou, tan solo uno residía en China cuando se inició la guerra, mientras que el resto ya eran emigrantes en Europa o Estados Unidos.

Incluso desde la aislada y poco poblada Islandia se desplazaron tres voluntarios. Como nos explica el investigador Aitor Yraola, la guerra civil española también impactó política e ideológicamente en aquella alejada isla e incluso tuvo una curiosa derivada económica, pues España era el principal mercado del bacalao islandés y su colapso provocó una importante contracción económica.

Para ilustrar la incertidumbre sobre el número y el origen nacional de los brigadistas tomemos el caso extremo de Cuba. Mientras que Víctor Hurtado da la cifra de 136 miembros, la especialista Denise Urcelay-Maragnès la eleva hasta los 1.101, como mínimo. Esta discrepancia se justificaría, según la investigadora, por la integración de muchos voluntarios caribeños a

milicias y columnas españolas, al compartir el mismo idioma y, en casos concretos, a su asimilación con otras nacionalidades latinoamericanas e incluso estadounidense.

Sin duda, estos trabajos nos permiten ajustar mejor el conocimiento histórico a lo realmente sucedido y, sobre todo, recuperar testimonios y documentación siempre relevante. Sirvan de ejemplo los trabajos sobre brigadistas latinoamericanos de la historiadora y amiga Gabriela Dalla-Corte, quien, poco antes de fallecer, recuperaba las historias y fotografías de los nueve voluntarios paraguayos. En dicho trabajo, la investigadora incluye un poema a la memoria de José Aparicio Gutiérrez, obra del poeta y periodista paraguayo Vicente Lamas, que acaba con estos versos:

Miliciano guaraní,

miliciano de raza

has saldado tú la deuda

que debíamos a España;

Don Quijote no está solo

en los campos de la Mancha.

Conviene subrayarlo, la mayoría respondió a las llamadas de “armas y hombres para España”, articuladas a través de mítines, reuniones y oficinas de reclutamiento en todo el mundo. Respondieron mayoritariamente obreros, cuadros sindicales, miembros de partidos de izquierda (significativamente comunistas) y periodistas. Sin embargo, llama especialmente la atención la presencia de intelectuales y de gentes tan formadas como comprometidas. Como nos recuerda Giles Tremlett, las Brigadas fueron “una cantera de élites tan potente como cualquier universidad de la Costa Este de Estados Unidos, Oxford o Cambridge en Gran Bretaña o las Grandes Écoles francesas”. Todos con buena voluntad e ideales políticos, los unos más o menos radicales y soñadores, también hubo

trabajadores parados, aventureros e incluso algunos proscritos… Todos ellos dispuestos a dejar hogar, trabajo y entorno social para defender en tierra extraña con sus vidas unas ideas que consideraban las más justas para la humanidad.

A pesar de jugarse la vida en un país lejano, la mayoría de los brigadistas llegó con unas nociones muy elementales y básicas sobre España, o sobre los hechos políticos concretos ocurridos. Incluso cuando terminó su aventura político-militar, a pesar de sus vivencias en España, no cambiaron esas nociones en gran parte tópicas. A mitad de camino entre la aventura y el convencimiento ideológico, pocos desconfiaron de la buena voluntad de la Unión Soviética o de la Comintern respecto de España, y casi ninguno entendió el complejo entramado de la política española o no captó los conflictos y enfrentamientos internos, sobre todo los existentes dentro de la España republicana.

Este sobrevolar la realidad sociopolítica española contrasta, sin embargo, con el fuerte impacto que la experiencia de la guerra tuvo en sus vidas, pues la práctica mayoría de los brigadistas mantuvieron un vínculo emocional con España de una solidez extraordinaria, país que consideraron tan suyo como el propio de nacimiento.

De hecho, sorprende la cantidad de novelas, poemas, ensayos y testimonios escritos desde su experiencia como voluntarios en la guerra civil española. Como bien señala Javier Sánchez Zapatero, este legado muestra —entre una gran diversidad de formatos y calidades— tanto el extrañamiento propio de la implicación en una guerra lejana como el compromiso ideológico y vital de sus protagonistas.

Intentar resumir las vidas de tantos miles de voluntarios resulta imposible y, sin embargo, también parecería extraño no poner algunos nombres y apellidos que nos permitan reconocer rostros concretos. Sin ánimo de exhaustividad, pero sí de ilustración, se ofrecen a continuación algunas pinceladas sobre brigadistas concretos, sobre sus vidas y sus motivaciones.

Los británicos

Los primeros voluntarios británicos llegaron a España a las pocas semanas de iniciarse la guerra. Al margen de los que se sumaron a las unidades españolas, la mayoría optó por crear grupos propios como la ya citada Centuria Tom Mann, integrada en el Batallón Thälmann, de mayoría germana, y parte de la futura XII Brigada Internacional; o integrarse en unidades de extranjeros como el también ya mencionado Batallón Comuna de París, de mayoría francesa, y parte de la futura XI Brigada.

En la Tom Mann coincidieron gente tan diversa como la ya citada pareja formada por Ramona Siles y Nat Cohen, Sid Avner, que murió combatiendo en Boadilla del Monte, el irlandés Jack Blue Barry, capturado y ejecutado en el mismo lugar que su compañero, Georges Tioli, asesinado durante los Hechos de Mayo de 1937 en Barcelona, o David R. Marshall (1916-2005). Este último participó en diferentes enfrentamientos en la zona próxima a Madrid hasta caer herido de gravedad en noviembre de 1936. A su regreso a Inglaterra, su previo antifascismo se había convertido en militancia comunista. Aunque inicialmente le pusieron trabas por su pasado brigadista, participó activamente en la Segunda Guerra Mundial, en episodios como el desembarco de Normandía y la liberación del campo de exterminio de Belsen. Aunque se acabó alejando del comunismo, mantuvo su vinculación con la izquierda política y practicando una poesía fuertemente comprometida. En 2005, el año de su muerte (sus cenizas fueron trasladadas por petición propia a España), publicó su último poemario, en coedición de la británica Asociación en Memoria de las Brigadas Internacionales, que incluía algunos nuevos versos sobre su experiencia española. De hecho, ya en 1939 contribuyo a la antología Poems for Spain con el poema "Retrospect" ("Recuerdo"), cuyos primeros versos dicen así:

Vuelve.

Seis pies de nieve en el frente de Aragón,

mientras aquí

los niños patinan por las calles

pies firmes pisoteando las zanjas;

el hielo empaña

el azul rojizo de los neones,

las lujuriosas tiendas invitan

pero allá

las luces del café parpadean, se apagan

las costillas se erizan, la piel se tensa.

Ya en diciembre de 1936, otros 145 voluntarios británicos compartieron armas con el batallón francés La Marsellesa de la XIV Brigada. Esta formación participó en el frente de Córdoba y Madrid, y a principios de 1937 ya había perdido más de la mitad de sus miembros. Buena parte de estos supervivientes, junto con soldados provenientes de otras unidades y 450 nuevos voluntarios, constituyeron en enero de 1937 el batallón británico, integrado en la XV Brigada junto con el estadounidense Lincoln, el balcánico Dimitrov y el franco-belga Seis de Febrero.

El historiador y periodista Tom Wintringham (1898-1949) se había desplazado a España como reportero de la prensa oficial del Partido Comunista británico: el Daily Worker y el Labour Monthly. Seguramente, se trataba de la pantalla que ocultaba el encargo de organizar a los voluntarios británicos. Así, ya aparece fotografiado con los fundadores de la centuria Tom Mann y seguramente colaboró con Nat Cohen en la consolidación del grupo comunista británico. Más tarde, se incorporó como comandante del batallón británico de la XV Brigada Internacional, pues además de su compromiso ideológico y del encargo desde el partido, contaba con su experiencia bélica durante la Primera Guerra Mundial. Amigo de Ernest Hemingway, fue herido dos veces antes de regresar a Inglaterra como periodista. Allí tuvo que enfrentarse a las acusaciones contra su esposa por trotskista, se destacó como defensor de los intereses soviéticos e intentó organizar un cuerpo de voluntarios para la defensa de Gran Bretaña ante la suspicacia de las autoridades que desconfiaban de su

vínculo político.

Su sustituto al frente de la Brigada fue Jock Cunnignham (1902-1969), que ya había sido el máximo responsable de los voluntarios británicos en el Batallón Comuna de París y de diferentes unidades de la XI y XVI Brigada Internacional. Comunista, de extracción humilde y experiencia militar, participó como capitán en la batalla del Jarama, donde jugó un papel clave. Cuando él también cayó herido fue enviado a Inglaterra en marzo de 1937, siendo recibido por una multitud. El retorno momentáneo se convirtió en definitivo a causa de la desconfianza de sus compañeros de militancia hacia su independencia de pensamiento. La controversia acabó con su abandono del Partido Comunista.

El novelista y cofundador del Partido Comunista de Gran Bretaña, Ralph Fox (1900-1936), se incorporó a la XVI Brigada y participó en las primeras operaciones en las que intervinieron los brigadistas. Murió en la batalla de Lopera (Jaén) en diciembre de 1936, aunque su fallecimiento no se comunicó hasta un mes más tarde. Igual suerte corrió el también escritor y comunista inglés John Cornford (1915-1936), hijo de un conocido catedrático de cultura clásica de Cambridge y, por vía materna, tataranieto de Charles Darwin. Reclutado por el Partido Comunista británico en la universidad, pertenecía al grupo del Trinity College que más tarde sería conocido como “los cinco de Cambridge” y espiaría para los soviéticos. En un primer momento, se integró en las unidades del POUM en el frente de Aragón. Posteriormente y tras una breve estancia en casa, ingresó en la XVI Brigada, cayendo en el mismo lugar pero un día después que Fox. La importancia de los literatos británicos fallecidos en la batalla de Lopera provocó que en 1999 se les dedicase un monumento y el llamado Jardín de los Poetas Ingleses.

Mejor suerte corrió el también poeta, artista y comunista británico Clive Branson (1907-1944). Activo reclutador para las Brigadas Internacionales, acabó incorporándose al frente en enero de 1938, siendo capturado por las tropas franquistas a finales de aquel mismo mes. Prisionero en el Campo de Concentración de San Pedro de Cardeña, pudo retornar a su país al finalizar la guerra, llevándose con él decenas de bocetos realizados durante su cautiverio. Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial volvió a tomar las armas, esta vez como sargento del ejército británico, y falleció en Birmania en febrero de 1944.

Por su parte, Chrisopher Caudwell (1907-1937), seudónimo de Christopher St. John Sprigg, también perteneció al grupo de brigadistas británicos militantes del Partido Comunista. Como los anteriores, también destacó como escritor, pero a diferencia de aquellos su educación era básicamente autodidacta y sus orígenes más modestos y de extracción católica. Falleció en el frente del Jarama en febrero de 1937, y sus escritos fueron publicados póstumamente.

El pintor y escritor Humphrey Slater (1906-1958) mantuvo una vida paralela con Wintringham Así, abandonó su carrera artística para dedicarse a la militancia política como miembro del Partido Comunista y activista internacional. Como corresponsal llegó a España al estallar la guerra, pero rápidamente cambió el periodismo por el batallón británico, donde llegó a ser comisario político y, más adelante, jefe de operaciones. A su regreso, también participó en el cuerpo de voluntarios para la defensa británica, pero ya desde posiciones puramente antifascistas, pues se había desencantado del comunismo y en 1941 fue expulsado del partido. En sus últimos años se convirtió en novelista de éxito y, antes de morir en extrañas circunstancias en Madrid, coincidió políticamente con otro exvoluntario también desengañado políticamente: George Orwell.

A Eric Arthur Blair (1903-1950), más conocido por su seudónimo George Orwell, sus convicciones antifascistas lo llevaron a combatir en España. Cercano al Partido Laborista Independiente, a medio camino entre el laborismo y el comunismo, se alistó en las milicias de su aliado español, el POUM. Por lo tanto, estamos ante un voluntario, pero no un brigadista. Llegó el 26 de diciembre de 1936 a Barcelona, y ya entró en combate en el Frente de Aragón a principios de año. En mayo de 1937, vivió en primera persona los enfrentamientos en Barcelona entre los comunistas y los anarquistas. Tras ser herido y regresar a Inglaterra, publicó el famoso y antes citado Homenaje a Cataluña (la primera edición es de 1938), donde relataba su experiencia en España y, sobre todo, mostraba su proximidad hacia los anarquistas y su crítica hacia los comunistas y el totalitarismo en general.

Tampoco tenía militancia comunista el intelectual Bernard Knox (1914-2010), pero sí un fuerte compromiso antifascista. Así, este graduado por Cambridge en lenguas clásicas viajó a París para integrarse en la XI Brigada e intervenir en la defensa de Madrid, entre otras operaciones

militares. Tras la guerra, marchó a Estados Unidos y participó en la Segunda Guerra Mundial como enlace de los servicios secretos con la resistencia francesa e italiana. Posteriormente, retomó su interés por los clásicos y se convirtió en fundador y director del Centro de Estudios Helénicos de Harvard.

Además de los militares, destacó la presencia de voluntarios en otros ámbitos. Por ejemplo, el artista e ilustrador británico Paul Hogarth (1917-2001), miembro del Partido Comunista, participó como conductor de camiones. Tras la experiencia, retornó a su país donde protagonizó una carrera artística exitosa hasta su muerte en 2001. También el poeta inglés y amigo de "los cinco de Cambridge", Julian Bell (1908-1937), viajó en 1937 a España como conductor, en este caso, de ambulancias. Sin embargo, ello no impidió que hallase la muerte cuando fragmentos de una bomba alcanzaron su vehículo en julio de 1937 en la batalla de Brunete. Mejor suerte tuvo el alfarero y comunista Lou Kenton (1908-2012). Conductor voluntario de ambulancias en España, en 2009 recibió el pasaporte español como reconocimiento a su compromiso, junto con otros siete exvoluntarios. Con su muerte a los 104 años, fallecía uno de los últimos brigadistas británicos conocidos.

También se desplazó a España como conductor de ambulancias el médico británico, de origen judío-letón, Len Crome (1909-2001), para defender la República y, sobre todo, para combatir al creciente fascismo, como se habían sentido interpelados otros británicos de izquierda no vinculados al comunismo. Para su sorpresa, la unidad escocesa de ambulancias financiada por el magnate minero sir Daniel Macaulay Stevenson donde se integró en realidad colaboraba con los rebeldes sacando de territorio republicano a partidarios de Franco. Tras contactar con el médico canadiense Norman Bethune (1890-1939, desarrolló el primer servicio móvil de transporte de transfusiones de sangre en España) pudo pasar a las Brigadas Internacionales y, a raíz de la muerte de Mieczyslaw Domanski, más conocido como Dr. Dubois (1902-1937), se convirtió en oficial médico en jefe del batallón británico. Destacó por su capacidad para establecer hospitales móviles de campaña muy cerca de los frentes y así consiguió reducir notablemente la mortalidad y gravedad de las heridas por su rápido traslado al hospital, llegándose a calificar el tratamiento que recibían los enfermos como mejor del que hubieran recibido en la misma época en los hospitales británicos. Tras su retorno a Inglaterra en septiembre de 1938, se

afilió al Partido Comunista y combinó su trabajo médico con la defensa de los brigadistas todavía internos en los campos de concentración del sur de Francia. A partir de 1941 se incorporó como militar médico del ejército británico con un expediente brillante y lleno de reconocimientos. Toda su vida mantuvo viva su vinculación con la experiencia española como activista político, defensor de la Unión Soviética y presidente de la International Brigade Association.

El poeta anglo-irlandés Cecil Day-Lewis (1904-1972), hoy más conocido como padre del actor Daniel Day-Lewis, escribió un poema que quizás refleja mejor que ningún otro texto qué significó para aquella generación ser voluntario en la guerra civil española. Day-Lewis, militante comunista en aquellos años, compartía amistad e ideales con muchos de los brigadistas británicos:

El voluntario

Diles en Inglaterra, si es que preguntan,

lo que nos trajo a estas guerras,

a esta llanura tras la tumba

de una pléyade de estrellas de la noche.

No fue ni engaño ni estupidez,

gloria, venganza ni dinero:

vinimos porque nuestros ojos abiertos

no veían otro camino.

No había otra manera de mantener

el parpadeo de la verdad de los hombres encendida:

las estrellas serán testigo de que nuestra causa

ardió más breve, pero no con menos luz.

Más allá de los olivares devastados

desde el más lejano alcor,

nos llama un país que era nuestro

y que aquí recobraremos.

Brilla para nosotros, real y en la memoria,

agua-verde-suave hidromiel:

ríos de la patria, refrescad nuestra carrera

a quien quiera que os conduzca vuestro fluido.

Aquí, en un lugar reseco y extraño

combatimos por la libertad para Inglaterra

por el bien que nuestros padres ganaron para ella;

la tierra que esperaban contemplar.

Traducción de Antonio Díez.

Los irlandeses

El poeta y activista irlandés Charles Donnelly (1914-1937) pasó de reclutar voluntarios irlandeses en Dublín al empezar la guerra a alistarse personalmente en enero de 1937 como miembro de la Columna Connolly de la Brigada XV, pues el fuerte componente nacionalista irlandés casaba mejor con los estadounidenses que no con los voluntarios ingleses. En esta agrupación, bautizada en honor del líder socialista irlandés James Connolly, ejecutado en 1916 por su participación en el Levantamiento de Pascua, se concentraba el contingente irlandés que llegó a ser de unos 150 efectivos (algunas fuentes elevan el número a 250, ya que algunos irlandeses se incorporaron en otras unidades).

El pionero había sido el político y escritor Peadar O'Donnell (1893-1986), quien se encontraba en Barcelona para participar en las Olimpiadas Populares. Su compromiso politico, había pertenecido al sector más izquierdista del Ejército Republicano Irlandés (IRA en sus siglas inglesas), lo llevó a impulsar la movilización de activistas nacionalistas, algunos miembros del IRA, como muestra de apoyo a la República española y como oposición a la fascista Brigada Irlandesa formada por voluntarios del bando sublevado. Esta Brigada contó con 700 voluntarios, encabezados por el antiguo dirigente del IRA convertido al fascismo, Eoin O'Duffy (1892-1944). A pesar de la oposición del Gobierno irlandés a esta implicación, la Iglesia bendijo la operación que fue más propagandista que militar, pues a penas intervinieron en alguna escaramuza y en junio de 1937 el general Franco los retornaba de vuelta a su país.

El máximo comandante de la Columna Connolly fue el periodista y también antiguo militante del sector más izquierdista del IRA, Frank Ryan (1902-1944). Cayó herido en la batalla del Jarama y en marzo de 1937 regresó a Irlanda para recuperarse. Volvió a España y fue capturado en el frente de Aragón. La intervención del presidente irlandés, Éamon de Valera, permitió que la pena capital le fuera conmutada por la de 30 años de prisión, pero no pudo evitar que las autoridades franquistas lo entregasen a la Gestapo en 1940. Murió en Dresde de neumonía en junio de 1944, tras un intento abortado cuatro años antes de retornarlo a Irlanda a bordo de un submarino alemán junto con el líder del IRA Seán Russell (1893-1940), quien murió de apendicitis durante el viaje y provocó que la misión se abortase.

No tuvo mejor suerte el ya mencionado Donnelly. Un mes después de llegar a España ya entraba en combate en la batalla del Jarama, el 15 de febrero de 1937. Doce días después caía bajo el fuego de las ametralladoras, en un contraataque de las tropas franquistas. De los 11.000 soldados republicanos muertos en aquel enfrentamiento, 3.000 eran brigadistas. Sin embargo, el recuerdo de Donnelly perduró a través de su obra literaria (The Life and Poems), de diferentes homenajes monumentales y de la publicación de la biografía Even the Olives are Bleeding ("Incluso las olivas sangran"), frase que habría dicho justo antes de morir, mientras oculto tras un olivo exprimía su fruto.

Los norteamericanos

El Batallón Lincoln, agrupación de voluntarios estadounidenses, no se formó hasta finales de 1936 y entró en combate en febrero de 1937 en la batalla del Jarama. Entre sus miembros destacó la figura del economista Robert Hale Merriman (1908-1938), que fue comandante del batallón y llegó a ocupar el cargo de jefe de Estado Mayor. Su experiencia previa como reservista lo convirtió rápidamente en un referente. Herido gravemente en Belchite, murió en el repliegue de su unidad en Gandesa. Ernest Hemingway se inspiró en él para crear el personaje de Robert Jordan en Por quién doblan las campanas.

El comunista y sindicalista Oliver Law (1900-1937) también contaba con experiencia miliar previa y también llegó a ser comandante del batallón. Lo singular es que fue el primero en mandar una unidad de tropas norteamericanas siendo afroamericano. Falleció durante la batalla de Brunete. En el caso de Milton Wolff (1915-2008), estamos ante el último comandante que tuvo la Lincoln. De familia judía proveniente de Lituania y Hungría, luchó también en la Segunda Guerra Mundial como voluntario en misiones de contraespionaje. A su regreso sufrió persecución por su militancia comunista, pero no dudó en defender la honorabilidad de sus compañeros de armas y de unirse a diferentes luchas a favor de los derechos civiles.



OF THE
ABRAHAM LINCOLN
BATTALION

Chapa de apoyo al Batallón Lincoln.

Fuente: Amalgamated Lithographers of America.

Los voluntarios estadounidenses tuvieron un trato ambivalente. Así, en algunos casos esta experiencia previa fue aprovechada durante la Segunda Guerra Mundial. Lo vivió en primera persona el prestigioso economista Albert O. Hirschman (1915-2012), exbrigadista y después exagente del servicio secreto. En otros casos, se convirtió en un estigma, especialmente al iniciarse la Guerra Fría. Aunque, al mismo tiempo, esa trayectoria los convirtió a menudo en referentes para diversas generaciones de activistas y su presencia fue habitual en las principales reivindicaciones a favor de los derechos civiles y sociales.

Más allá del Batallón Lincoln, la participación estadounidense también se concretó en el llamado Escuadrón Yankee, formado por seis pilotos estadounidenses mercenarios que respondieron al anuncio publicado en la revista Time por el Gobierno republicano. En España les esperaba su jefe, el conflictivo y autodidacta Bert Acosta (1895-1954), y el también piloto Hilaire du Berrier (1905-2002). Sin embargo, su participación fue irrelevante, pues los aparatos disponibles se hallaban en pésimas condiciones, sus protestas fueron desoídas, tres de ellos fueron encarcelados cuando intentaban huir, otro fue acusado de espiar para los rebeldes y los cuatro restantes acabaron dimitiendo y regresando a Estados Unidos.

Por su parte, los primeros voluntarios canadienses se integraron en el Batallón Lincoln, pero en febrero de 1937, cuando su número ya ascendía a unos 500, formaron el Batallón Mackenzie-Papineau, conocidos como los Mac-Paps e integrados en la XV Brigada Internacional. Según algunas fuentes, tras Francia, Canadá fue el segundo país en voluntarios proporcionalmente a su población, gracias a la campaña emprendida por el Partido Comunista local. Sin embargo, entre los brigadistas se hallaban tanto comunistas como militantes provenientes de otras formaciones, pero mayoritariamente de clase obrera y de origen europeo. Aunque el Gobierno canadiense, de acuerdo con la doctrina del Comité de No Intervención, declaró ilegal la participación de sus ciudadanos como militares, se mantuvo

el goteo de voluntarios civiles en tareas médicas o de ingeniería y, subrepticiamente, de brigadistas. Cuando se decretó su disolución, el Gobierno canadiense les negó la repatriación, pues habían desobedecido la política adoptada de no intervención. Hasta enero de 1939 no pudieron regresar al país.

Europa del este

Menos numerosa fue la presencia de voluntarios provenientes del este de Europa, pero muy significativa. Así, al menos seis veteranos de la guerra española fueron nombrados ministros de la República Democrática Alemana, mientras que hasta treinta exbrigadistas yugoslavos eran ascendidos a general.

Como ha estudiado Jesús González de Miguel, esta significación se refleja en casos como el de Bulgaria, que aportó 735 brigadistas. De ellos solamente sobrevivieron unos 500, pues 171 fallecieron y una cincuentena fueron dados por desaparecidos, hechos prisioneros o desertaron. Dos tercios de los desplazados a España eran militantes comunistas, mientras que el tercio restante, o bien simpatizaban con ellos, o bien militaban en la izquierda política (anarquistas, socialdemócratas y miembros de la Unión Agraria). La mayoría contaba con una buena preparación técnico-militar, y venían motivados por la lucha contra el fascismo.

Dentro de este grupo destaca la figura del comunista francés nacido en Bulgaria y de origen sefardí César Covo (1912-2015). Por su biografía y experiencia militar, recibió el encargo de la Comintern de crear una brigada de voluntarios búlgaros. Tras instalarse en Albacete, fue uno de los responsables de enseñar el manejo de las armas y la disciplina militar a los inexperimentados brigadistas. Además, defendió el criterio lingüístico para organizar a los diferentes cuerpos. Finalmente, fue asignado a la XI Brigada Internacional, compuesta en aquel momento por yugoslavos, polacos y alemanes exiliados del régimen nazi procedentes de la Centuria Thaelmann. En el batallón había una compañía polaca, una alemana y otra balcánica.

No era la única presencia polaca, pues también en la XIII Brigada hallamos el Batallón Dombrowski de unos 5.000 miembros, de los que casi la mitad eran judíos. En diciembre de 1937 y a partir de este grupo, se creó la Compañía Botwin, totalmente judía, que poco después se rebautizó como Naftali Botín en homenaje a un dirigente obrero polaco. Se trataba de un cuerpo extraño, ya que la agrupación no respondía a criterios nacionales, lingüísticos o políticos, sino religiosos. El máximo responsable de estos voluntarios fue Karol Gutman, que murió en combate en febrero de 1938. De hecho, en los nueve meses de existencia de la compañía, cayeron en el campo de batalla o fueron heridos sus siete sucesivos comandantes: el citado Gutman; Leon Rubinstein, herido; Michal Sapir, fallecido; Israël Halbersberg, fallecido; Emanuel Mink, herido; Albert Szerman, el único superviviente; Tadeusz Szlachta, fallecido, y Samuel Alkalai, fallecido.

En este grupo de judíos polacos, también se encontraban algunos árabes judíos. No fue, sin embargo, la única participación judía en las Brigadas Internacionales. Se tiene constancia de la presencia de un grupo de entre 300 y 500 judíos palestinos (Víctor Hurtado reduce la cifra a 326 palestinos, sin especificar confesión religiosa), así como de otros judíos mezclados en las compañías de sus países de origen, y cuya motivación era claramente antifascista, fuese por su militancia comunista o bien sionista.

En la citada XIII Brigada, los voluntarios yugoslavos organizaron el Batallón Đuro Đaković, en homenaje al secretario del Partido Comunista yugoslavo (1886-1929), ejecutado por su oposición a la monarquía de su país. En la movilización de efectivos balcánicos jugó un papel decisivo el ya citado Josep Broz, futuro máximo dirigente de Yugoslavia bajo el sobrenombre de Tito (1892-1980). La Asociación de Brigadistas Yugoslavos elevaba hasta más de 1.600 los voluntarios de dicho país (300 más de los contabilizados por Víctor Hurtado), la mayoría como brigadistas, aunque en algún caso como el del futuro vicepresidente y ministro yugoslavo, el comunista Konstantin Popović (1980-1992), se integraron en el ejército regular republicano.

Respecto del Batallón Đaković, la mayoría eran comunistas yugoslavos, pero también se integraron anarquistas y búlgaros. Este grupo fue disuelto en julio de 1937, cuando sus miembros se amotinaron al intentar forzarlos a regresar al frente de la batalla de Brunete sin haber podido descansar del agotamiento acumulado. Algunos de sus mandos tuvieron que responder

ante tribunales militares, pero la mayoría se unieron al Batallón Georgi Dimitrov (1882-1949), comunista búlgaro y secretario general del Comintern en aquel momento. El Dimitrov se había formado en diciembre de 1936 y agrupaba a unos 800 efectivos, la mitad de ellos búlgaros, el resto griegos y unos pocos yugoslavos, bajo la dirección de Ivan Paunov, más conocido como Grebenarov, del que poco sabemos. Más conocido fue su último comandante Josef Pavel (1908-1973), posteriormente ministro del Gobierno checoslovaco de Alexander Dubćek durante la "primavera de Praga" de 1968. En un primer momento, estuvieron asignados a la XV Brigada, pero tras la batalla de Jarama en febrero de 1937 se quedaron en cuadro. La suma de los nuevos efectivos permitió su reconstrucción y su reasignación a la XIII Brigada, junto con otros batallones formados por voluntarios de Europa del este como Palafox y Rakosi, integrado básicamente por balcánicos. Tras su repatriación, la mayoría de estos veteranos se pasó a la resistencia contra la ocupación nazi de los Balcanes.

Y más brigadistas

Todavía hoy se publican trabajos sobre aspectos poco conocidos del movimiento brigadista. Recientemente, los historiadores Boragina y Sommaro han puesto en valor la aportación sudamericana y han revelado la importante presencia de judíos entre los brigadistas argentinos. Aquí se cruzan dos circunstancias: por un lado, la existencia en Argentina de la cuarta comunidad judía inmigrada más importante del mundo y, por el otro, el compromiso en numerosas luchas internacionalistas, tanto del movimiento anarquista como comunista. Un centenar de voluntarios judeoargentinos vio en la guerra civil española una manera de combatir el antisemitismo y el fascismo más allá de las fronteras nacionales. Estos brigadistas (soldados, traductores, médicos…) constituían la parte más visible de un movimiento de solidaridad con la República española por parte de militantes y organizaciones locales.

Los trabajos disponibles nos permiten conocer historias sorprendentes como las de los voluntarios chinos, o recuperar la experiencia de los voluntarios islandeses hasta ahora inaccesible. Una rápida hojeada a las

publicaciones recientes nos descubre testimonios e investigaciones sobre brigadistas de cualquier rincón del mundo. Vidas tocadas por un compromiso antifascista en la lejana o próxima España.

Capítulo 3

La guerra de los brigadistas

Las Brigadas Internacionales fueron utilizadas sistemáticamente como tropas de choque, cumpliendo satisfactoriamente con su cometido. Esa función de combate, sin el adecuado apoyo artillero y cobertura aérea, comportó un elevado número de bajas. A menudo, su sacrificio no era suficientemente aprovechado, pues no se les utilizaba correctamente, no se les acompañaba suficientemente o no se les daba el tiempo necesario para recuperarse o retirarse. El 15 de noviembre de 1936 la XI Brigada había perdido al 40 por ciento de sus hombres, mientras que a comienzos de diciembre la XII solo disponía de la mitad de sus efectivos. Solo en la batalla del Jarama murieron cerca del 10 por ciento del total de brigadistas que pasaron por España, de ellos más del 20 por ciento franceses.

Como destaca José Luis Martín Ramos, la dureza del combate generó algunos procesos de deserción, de indisciplina o simplemente de petición de abandono y repatriación. Los diferentes consulados tramitaron la repatriación desde el mínimo 2,5 por ciento de los brigadistas franceses al máximo del 13 por ciento de los británicos, pasando por el 4 por ciento de los estadounidenses. Las deserciones se castigaron habitualmente con el envío a batallones de zapadores. El fusilamiento se reservó para infracciones mayores como la incitación al motín, el abuso sobre prisioneros, combatientes muertos o población civil y el espionaje. Respecto de las depuraciones políticas, afectó especialmente al contingente polaco, seguramente como consecuencia de la disolución de su Partido Comunista a finales de 1937.

Los brigadistas provocaron un efecto psicológico positivo en los defensores republicanos. A este elemento ya de por sí destacable, cabe sumar la experiencia aportada, especialmente durante los primeros meses de combate cuando en el bando republicano cundía el desconcierto, la desorganización y las insuficiencias e incapacidades militares. Los voluntarios extranjeros tenían experiencia militar previa —algunos habían participado en la Primera Guerra Mundial, en otros conflictos o habían ejercido como militares en sus países de origen—, disciplina y convicción. Pocas veces protagonizaron desbandadas como la de parte de la XIII Brigada en la

batalla de Brunete en julio de 1937.

La defensa de Madrid

Repasemos, aunque sea brevemente, sus principales hechos de armas. El primer gran conflicto en que participan como brigadistas fue la famosa defensa de Madrid, donde ya previamente habíamos visto a numerosos voluntarios extranjeros. Este bautizo de fuego se convirtió en decisivo para la percepción que se tenía de los brigadistas. Su decisiva participación se notó tanto anímicamente como militarmente y consolidó su calificación como salvadores de la República. Nada ejemplifica mejor ese impacto que el desfile de 2.000 brigadistas por la Gran Vía madrileña, entonando La Internacional en diversas lenguas mientras las tropas sublevadas se acercaban a las puertas de Madrid desde Toledo.

Militarmente, el momento decisivo se vivió entre el 7 y el 9 de noviembre cuando las columnas de regulares y legionarios amenazaron la línea defensiva establecida en el Manzanares. Como ya se ha comentado, el pánico se instaló en el Gobierno republicano, que decidió retirarse hacia Valencia y encomendó una resistencia a ultranza al general José Miaja, con el coronel Vicente Rojo como jefe de Estado Mayor y una junta de defensa con representación de todos los partidos y sindicatos. Contra pronóstico, las tropas republicanas resistieron el embate, parapetados en los barrios populares del sur de Madrid. La desbandada se frenó, los refuerzos llegaron con fluidez y la resistencia miliciana ganó en efectividad militar.

Al no lograr entrar en la ciudad, se ganó el tiempo necesario para que los soldados de la XI y XII Brigadas Internacionales cubrieran los huecos abiertos y reforzasen los sectores amenazados. Aunque los sublevados ganaron todavía terreno y llegaron al Puente de los Franceses, fue a costa de importantes bajas, porque fueron frenados con energía por la actuación de unos voluntarios extranjeros mejor organizados, disciplinados y equipados. Eran los brigadistas internacionales y su ejemplo se propagó en las filas republicanas, de modo que se convirtió en acicate para la hasta entonces frágil confianza que tenían en sí mismas las milicias.

Sin embargo, no todo fueron éxitos. El 13 de noviembre el general Sebastián Pozas intentó cortar la línea sur de suministros de los sublevados y conquistar de paso el Aeródromo de Getafe, pieza clave para la defensa aérea de Madrid. Para lograrlo lanzó una ofensiva suicida, sin una correcta cobertura artillera y sin una información suficiente sobre las posiciones de las tropas rebeldes. En la operación participó la XII Brigada Internacional, acabada de salir de Albacete. El bautismo de guerra resultó terrible, convirtiendo el llamado ataque al cerro de los Ángeles, o Cerro Rojo, en una de las operaciones más absurdas y sangrientas de los combates por la defensa de la capital. Los batallones Garibaldi, André Marty y Thaelmann quedaron seriamente diezmados.

Lejos de poder reflexionar sobre el desastre de Cerro Rojo, el nuevo intento del general José Enrique Varela para romper la resistencia de Madrid en la Casa de Campo se impuso como la realidad más acuciante. El 15 de noviembre los sublevados lanzaban una nueva ofensiva contra los puentes del Manzanares, donde resistía el batallón alemán Edgar André de la XI Brigada Internacional y los efectivos del Quinto Regimiento, reforzados por los polacos del Batallón Dombrowki. A pesar de la dureza de los combates, con artillería, carros de combate y bombardeos aéreos batiendo la línea del río, esta resistía incólume.

A pesar de la decisión de volar los puentes, dos tabores de la columna del teniente coronel africanista Francisco Delgado Serrano lograban penetrar en el recinto universitario. Se había abierto una brecha en la Ciudad Universitaria, que, a partir de ese momento, se convirtió en un frente abierto entre los dos bandos. Los grandes edificios de la nueva sede de la Universidad Central se transformaron en escenario bélico de destrucción y carnicería. Los libros de la biblioteca universitaria fueron usados como parapeto y, todavía hoy, algunos de aquellos ejemplares conservan metralla en su interior. El brigadista británico John Sommerfield (1908-1991) relataba en su libro Volunteer in Spain (1937) cómo en el edificio de Filosofía "construimos barricadas con volúmenes de metafísica hindú y filosofía alemana de principios del siglo XIX" y añadía que eran "totalmente a prueba de balas". De hecho, en 2012 la Biblioteca de la Complutense organizó una exposición titulada "Balas y Letras: libros con heridas de guerra en la Biblioteca Histórica" y, actualmente, la artista visual Irene de Andrés se halla inmersa en un proyecto para dejar registro gráfico de estas singulares heridas bélicas en los libros universitarios."

Madrid estaba en peligro y el Estado Mayor republicano no dudó a la hora de lanzar a todas sus fuerzas disponibles. Los diferentes batallones (Dombrowski, Edgar André y Comuna de París) de la XI Brigada Internacional, agotados, no pudieron ser relevados por la XII (Garibaldi, Thaelmann y André Marty) hasta el día 20, sumándose también una brigada catalana y carros blindados llegados de otros frentes.

Aunque todavía se retrocedía, el día 22 la batalla perdía fuerza y el frente, exhausto, se consolidaba seis días más tarde, cuando las tropas sublevadas optaban por atrincherarse en los edificios ocupados en la Ciudad Universitaria. Habían logrado cruzar el Manzanares, pero no conquistar la ciudad. Los brigadistas, responsables de la mayor parte de las líneas republicanas en aquel sector, habían sido decisivos en la defensa de Madrid. El coste había sido altísimo, pues la mayoría de batallones había quedado seriamente diezmado.

Mientras tanto, en Albacete seguían formándose nuevas Brigadas, la XIII y la XIV, mejor armadas que sus predecesoras, pero con una instrucción más deficiente y una experiencia más escasa. Cubierto el frente de Madrid con la XI y XII Brigada Internacional, estas nuevas dotaciones eran destinadas a otros frentes necesitados de ayuda. En ambos casos el bautizo bélico acabó en fracaso.

La XIII Brigada Internacional recibía la orden de dirigirse a Aragón, donde el batallón yugoslavo Tschapáiew intentó infructuosamente una ofensiva a las afueras de Teruel entre el 27 y el 28 de diciembre. Peor parada aún salió la XIV Brigada Internacional en su misión en Andalucía para frenar el avance sublevado a través del Guadalquivir en la provincia de Córdoba. Una vez más el ataque frontal sin cobertura artillera apropiada resultó fatal para los brigadistas. El desastre se concretaba en dos escenarios.

En primer lugar, el 24 de diciembre, el Batallón Sans Nom, bautizado así por su carácter multinacional, resultaba prácticamente aniquilado intentando tomar el monte del Telégrafo en la población cordobesa de Villa del Río. Posteriormente, en el vecino pueblo jienense de Lopera, sufrían una suerte similar el batallón franco-belga Vaillant-Couturier (en homenaje al fundador del Partido Comunista francés, el periodista Paul Vaillant-Couturier, 1892-1937) y los franceses La Marsellesa y Henri Barbusse (comunista y escritor francés, 1873-1935), entre el 28 y el 29 de diciembre.

El fuego cruzado de las ametralladoras de los sublevados, situadas en cotas más altas, destrozó a los brigadistas que intentaban superar la empinada cuesta de la cota 320. La poca preparación y la falta de información habían hecho inútil nuevamente el sacrificio de los voluntarios.

El Jarama

Tras el fracaso en la toma de Madrid, los militares sublevados decidieron aprovechar los primeros meses de 1937 para recuperar la lucha a campo abierto y transformar la conquista de Madrid en el bloqueo y sitio de la capital. La movilidad de sus columnas de regulares y legionarios constituían su principal baza y, como tal, se preparaban para jugarla cortando las principales carreteras de acceso a la ciudad. El primero de estos objetivos fue la carretera de La Coruña, pero sin duda el enfrentamiento más relevante se situó al sureste de Madrid, en el valle del Jarama.

La carretera de Valencia era vital para la República, pues conectaba la capital histórica con la capital provisional republicana fijada en Valencia. Por ello, ambos bandos fijaron sus ojos en esta zona con objetivos contrapuestos: mientras los sublevados buscaban cortar la comunicación y seguir así con su asedio de Madrid, los republicanos aspiraban a lanzar un ataque en pinza para envolver a las tropas contrarias que acechaban la ciudad.

La iniciativa corrió a cargo de los generales sublevados Luis Orgaz y Enrique Varela. Sus 18.000 soldados concentrados entre Pinto y Valdemoro golpearon a la altura de Ciempozuelos el 5 de febrero. En pocas horas, la ofensiva se había revelado un éxito, pues los republicanos se hallaban en inferioridad numérica y erróneamente esperaban, con las tropas concentradas entre Vallecas y Vicálvaro, un ataque más próximo a la capital. Los efectivos franquistas consolidaban sus posiciones y conseguían penetrar profundamente en la zona de Vaciamadrid hasta amenazar seriamente la carretera de Valencia.

Los republicanos se batían en retirada con el enemigo pisándoles los talones

y empujándolos hacia los ríos Manzanares y Jarama. Hasta el día 9 de febrero no reaccionó el Estado Mayor republicano, trasladando finalmente sus mejores tropas desde los acantonamientos del sur de Madrid hacia el Jarama, donde se hallaba el enemigo, para evitar que vadearan el río. Entre los efectivos responsables se encontraba la experimentada XII Brigada Internacional.

La lucha se centró rápidamente en el control de los puentes sobre el Jarama. La madrugada del 11 de febrero el primer tabor de tiradores del Ifni conseguía penetrar por el sector norte al diezmar seriamente al Batallón André Marty, responsable de dicha zona. Aunque las tropas franquistas intentaron ampliar la cabeza de puente, esta quedó bloqueada poco después gracias a los restos de la unidad Marty y a la llegada del Batallón Dombrowki de la XI Brigada Internacional. Poco después se sumaban los efectivos de la Garibaldi y, sobre todo, los nuevos y decisivos tanques rusos T-26, que obligaron a retroceder a las tropas franquistas.

Sin embargo, mientras tanto se había abierto una nueva brecha más al sur a manos del coronel Carlos Asensio. Aquí, la encargada de cicatrizar la herida fue la recién formada XV Brigada Internacional. Su estreno fue exitoso, pero de los más cruentos de la guerra. Decidida a frenar el avance franquista hacia Morata de Tajuña, estableció un fuerte parapeto en un promontorio que acabó rebautizado como la Colina del Suicidio: de los 400 soldados destinados al amanecer, solo un centenar de voluntarios sobrevivió al final de la jornada.

Frenada la ofensiva franquista, la iniciativa bélica cambiaba de bando por primera vez. A las fuerzas republicanas ya concentradas se sumaron los tanques T-26 del general ruso Dmitri Pávlov (1897-1941) y la XIV Brigada Internacional, suficientes efectivos para obligar a retroceder a los sublevados instalados en las cabezas de puente hacia el otro lado del río. El contraataque, reforzado por el dominio aéreo de los Polikarpov soviéticos sobre los Junkers alemanes, ponía en aprietos al general Varela, que únicamente consiguió evitar una retirada total de sus tropas gracias a los refuerzos y la artillería.

El 13 de febrero la ofensiva franquista había sido neutralizada, pero el Estado Mayor republicano quiso prolongar el éxito forzando el contraataque de unas tropas exhaustas y seriamente diezmadas por la

batalla. Tras cruzar el Jarama y en lugar de atacar las líneas de avituallamiento y municiones del enemigo, los republicanos se obsesionaron nuevamente con conquistar un alto estratégico, la cima de El Pingarrón, de 695 metros de altura. Este punto pasó a concentrar toda la potencia de fuego de ambos bandos hasta extremos ridículos, pues su valor militar estaba lejos de justificar el coste humano de un enfrentamiento que se extendió del 18 al 27 de febrero.

El intercambio empezó con la conquista de la posición a cargo de las tropas encabezadas por el comunista español Enrique Líster al frente de la Primera Brigada Mixta, pero poco después los Regulares recuperaban la cota. A partir de ese momento, entraron en batalla diferentes efectivos extranjeros que, a pesar del esfuerzo continuado y de contar con tanques rusos T-26, no consiguieron recuperar El Pingarrón. Los primeros en intentarlo fueron los miembros del Batallón Lincoln de la XV Brigada Internacional, en su bautismo de fuego, seguidos por efectivos de la XIV Brigada Internacional y posteriormente de la XI y la XV. Todo era en vano, pero el mayor absurdo sucedió poco después cuando, siendo ya evidente el despropósito, el día 27 de febrero el Batallón Lincoln intentó un nuevo ataque, quedando prácticamente aniquilado.

Guadalajara

Fracasado el intento de cortar la comunicación con Valencia, las tropas franquistas reorientaron sus objetivos hacia la conexión con Barcelona. En concreto, se quería tomar Guadalajara y así asediar Madrid también desde la carretera de Alcalá. Dado el desgaste sufrido en el Jarama, el Estado Mayor sublevado otorgó buena parte del protagonismo de la operación a las tropas fascistas italianas. Las fuerzas enviadas por Benito Mussolini contaban con importantes refuerzos de personal y material bélico para asumir el reto y, además, su moral era alta tras la toma de Málaga el 8 de febrero de 1937.

Justo un mes después de la conquista malagueña, el 8 de marzo, el Corpo di Truppe Volontarie lanzaba un rápido ataque con la intención de romper el

frente y penetrar profundamente en las líneas republicanas en dirección a Madrid. La operación dirigida por el general y comandante en jefe italiano, el militar fascista Mario Roatta Mancini (1887-1968), se anotó un primer éxito. Con el apoyo de las tropas del general José Moscardó, convertido ya en el héroe del Alcázar de Toledo, las cuatro divisiones y los dos grupos de banderas italianos siguieron avanzando hasta el día 11. Enfrente, la XI y la XII Brigadas Internacionales y las tropas de Líster no conseguían frenar los ataques, llegando a batirse en retirada algunas de las unidades militares. Guadalajara quedaba tan solo a 20 kilómetros.

Sin embargo, un inesperado aliado rompió las malas perspectivas republicanas: la meteorología. De repente, una fuerte tormenta de frío y nieve dejó a las columnas militarizadas italianas paralizadas por la nieve y el barro. En palabras del presidente Manuel Azaña: "Durante la noche había llovido y granizado. Mucho frío. Las tierras enfangadas. En la cinta del asfalto, charolada por el agua, una sucesión mareante de camiones y camiones". Para desgracia de las tropas fascistas, el temporal inutilizaba los aeropuertos franquistas de Soria y Zaragoza, convirtiendo a la aviación republicana con base en Barajas en reina y señora del aire, y a los vehículos italianos atrapados en el fango en blancos fáciles.

La paralización italiana se convirtió en desbandada cuando las divisiones de Líster y del también militar comunista Valentín González, más conocido como el Campesino, atacaron junto con los tanques rusos T-26, mucho mejor adaptados al terreno resbaladizo. Ante la contraofensiva, incluso las tropas franquistas se vieron obligadas a retroceder, aunque con mucho más orden que los fascistas italianos, que prácticamente huyeron perseguidos de cerca por el Batallón Garibaldi de la XII Brigada Internacional, formado por republicanos, socialistas y comunistas italianos liderados por el político republicano Randolfo Pacciardi (1899-1991), quien se perdió esta ofensiva por hallarse en París tras ser herido en la batalla del Jarama. Seguramente los brigadistas italianos hubieran querido destruir totalmente el Corpo di Truppe Volontarie, pero el día 21 de marzo, ya exhaustos, el Estado Mayor republicano ordenaba frenar la ofensiva y consolidar posiciones.

Precisamente el Batallón Garibaldi fue el protagonista de una de las victorias más decisivas en la batalla de Guadalajara, al reconquistar la población de Brihuega, que había caído en manos de los fascistas italianos el día 12. Sin embargo, los republicanos habían mantenido en su poder las

alturas alrededor de la villa y desde allí castigaron duramente las posiciones enemigas. Tras diversos intentos entre el 14 y el 17 de marzo, el 18 se lanzaba el contraataque decisivo con la ayuda de intensos bombardeos aéreos y de los tanques del general ruso Pavlov. El 18 de marzo Brihuega pasaba de italianos a italianos, de los fascistas del Corpo di Truppe Volontarie a los antifascistas del Batallón Garibaldi.



Batalla de Guadalajara, España, marzo de 1937.

Fuente: H.G. von Studnitz, Wikimedia Commons, provisto por el Archivo Federal de Alemania (Deutsches Bundesarchiv).

Extranjeros contra extranjeros

Guadalajara marcó un hito para la República en general y para los brigadistas en particular, ya que se trataba de la primera victoria ofensiva y además tuvo el carácter de convertirse en la práctica en un enfrentamiento entre voluntarios extranjeros, de uno y otro bando, pues fueron los protagonistas de los choques más intensos. Por otra parte, la desastrosa actuación de los cuerpos de voluntarios italianos repercutió en el bando rebelde, de modo que se acentuó la desconfianza de Franco hacia las tropas de Benito Mussolini y convirtió al Corpo di Truppe Volontarie en objeto de sátira en ambos bandos. Como ya había avanzado el general Mario Roatta Mancini, aunque seguramente con otra voluntad: "Somos los representantes de la Italia armada y del fascismo. Por nuestros actos se juzgará la eficacia moral y técnica".

Conviene recordar que los contactos con Mussolini fueron previos al intento de golpe de Estado y, entre sus interlocutores, se hallaba alguien tan esencial para los sublevados como el propio general Mola. Meses antes de sublevarse en julio de 1936, ya tenían suscritos contratos con los fascistas italianos, que incluían material de guerra moderno, básicamente aviones que debían suministrarse entre julio y agosto para facilitar el paso del estrecho a las tropas rebeldes acantonadas en el Marruecos español. Esta ayuda se extendió en el tiempo y tuvo momentos decisivos como la creación de una base aérea en la isla de Mallorca desde donde los pilotos italianos castigaron con dureza ciudades e instalaciones republicanas de toda la costa mediterránea.

Pero esta ayuda no le resultó suficiente al dictador italiano. Mussolini quiso también contar con su propio cuerpo expedicionario sobre el terreno. De ese

deseo surgió el Corpo di Truppe Volontarie, cuyos integrantes, de diciembre de 1936 a abril de 1939, alcanzaron los 50.000 soldados, no siempre voluntarios. De hecho su carácter heterogéneo y su baja moral de combate, a pesar del éxito malagueño, explican el desastre de Guadalajara y que, a partir de ese momento, quedaran relegados a funciones de apoyo.

La diferencia con la ayuda alemana fue evidente. Por un lado, Hitler no aprobó explícitamente colaborar con el general Francisco Franco hasta el 25 de julio, y siempre a cambio de compensaciones económicas y comerciales. Ayudó de forma sustantiva, pero no regaló nada. Por otra parte, la fuerza expedicionaria alemana se centró principalmente en la aviación a través de la famosa Legión Cóndor, formada exclusivamente por militares profesionales, organizada autónomamente y que, sin duda, utilizó la guerra civil española como campo de experimentación táctico y militar. En total, pasaron por España unos 16.000 efectivos, 600 aviones y 6.500 infantes.

De hecho, la implicación italiana y alemana alcanzó tal envergadura y era tan conocida por todos que fue la razón última que convenció a Stalin de la necesidad de ayudar al bando republicano. Ello explicaría que la autorización para el envío de armas y asesores militares a España se retrasase hasta el 26 de septiembre de 1936, dos meses después de iniciarse el apoyo italiano-germano a los sublevados. Poco antes, como ya se ha explicado, se habían puesto las bases para la creación de las Brigadas Internacionales.

Recuperando nuestro relato, a la espera de la primavera de 1937, y tras el desgaste sufrido en los diferentes frentes, las Brigadas Internacionales aprovecharon el paréntesis bélico para descansar y reorganizarse. El descanso fue relativo, pues los frentes podían estar adormecidos, pero las escaramuzas eran frecuentes, especialmente alrededor de Madrid y en la línea que separaba ambos bandos en Extremadura, Castilla-La Mancha y Andalucía.

Durante esa calma tensa, también se rehicieron los maltrechos batallones de voluntarios extranjeros. Así, a los batallones ya conocidos de la XI Brigada Internacional, el Thaelmann y el Edgar André, se sumaron el Pasionaria y el Hans Beimier. Este último estaba formado por alemanes, holandeses, flamencos y escandinavos, de hecho mayoritarios en toda la Brigada, y tomaba su nombre del comunista alemán fallecido en los enfrentamientos de

la Ciudad Universitaria en diciembre de 1936.

En la XII Brigada Internacional, formada básicamente por italianos y españoles, se hallaban los ya veteranos batallones Garibaldi, André Marty y Dombrowski, a los que se sumaron tres batallones nacionales. También el XIII Brigada Internacional conservó unidades previas como la Tschapàiew y la Henri Vuillemin, esta última integrada por efectivos franco-belgas y bautizada en homenaje a un revolucionario francés, y se amplió con nuevos efectivos españoles (batallones Otumba y Juan Marco) y balcánicos, que se sumaban a los brigadistas yugoslavos, checos, polacos y franceses originales. La XIV Brigada Internacional también sufrió una profunda reorganización, convirtiéndose en la más internacional, pues contaba con brigadistas franceses, valones, suizos, argelinos, vietnamitas, chinos y un largo etcétera. En cambio, la XV Brigada Internacional mantuvo su carácter anglosajón (estadounidenses, británicos, canadienses, irlandeses…), con la única excepción de los balcánicos del Batallón Dimitrov, los franco-belgas del Seis de Febrero, que acabarían siendo asignados a la XIV Brigada, y los españoles que también fueron trasladados, en este caso, a una brigada mixta.

De hecho, a partir de la primavera de 1937 se vivieron frecuentes traslados de unidades y reorganizaciones. Este constante cambio venía forzado, en parte, por la creciente dificultad de cubrir las bajas sufridas a medida que avanzaba la guerra y, en parte, por los cambios generales que se aplicaron en el Ejército Popular de la República, tras cerrar la etapa de las columnas de partido y autogestión y priorizar la creación de unas tropas profesionalizadas. Con la voluntad de aliviar la presión sobre el País Vasco todavía en manos republicanas, pero también dentro de esta dinámica de homogenización y profesionalización, cabe interpretar algunas de las operaciones desplegadas durante junio de 1937.

Así, no resultaba casual que tras los “sucesos de mayo” de 1937 vividos en Barcelona, con enfrentamientos armados y sangrientos entre las milicias anarquistas y distintas tendencias comunistas, se eligiera Huesca como uno de los objetivos de “distracción”. El frente de Aragón acumulaba la mayor presencia de contingentes catalanes todavía basados en la autogestión revolucionaria. Ahora había llegado el momento de hacerlos entrar en la disciplina de un ejército profesional, encuadrándolos en estructuras más formales y centralizadas para alcanzar objetivos militares que, en principio,

resultaran asequibles, para lo que también se decidió incorporar otras fuerzas como las Brigadas Internacionales.

La única comunicación de Huesca con el resto del territorio controlado por los sublevados era una estrecha franja. El Estado Mayor republicano creía factible cortar esa conexión y conquistar la capital oscense con un ataque por el norte y el sur de esta. Buena parte de las operaciones recayó sobre la recién creada 45ª División Internacional, una mezcla de tropas procedentes de unidades como, entre otras, la XII Brigada Internacional y la recién creada CL Brigada Internacional. Como si fuera un mal presagio, el día 11 de junio de 1937, la vigilia de la fecha prevista para lanzar el ataque, el general Paul Lukács, responsable máximo de las operaciones, fallecía durante una misión de reconocimiento al ser impactado su vehículo por un obús. El también general y comunista Emilio Kléber lo sustituyó, sin que nadie se plantease retrasar o revisar el plan de ataque.

Seguramente, una revisión en profundidad hubiera permitido darse cuenta de cómo se habían subestimado las defensas franquistas y su capacidad de resistencia. Fueron los brigadistas del Batallón Garibaldi quienes pagaron más cara la decisión de los jefes militares, con más víctimas que el resto, pues los enfrentamientos se prolongaron hasta el 19 de junio. A pesar del apoyo artillero, de los bombardeos aéreos y de la participación de tanques rusos, el avance republicano no consiguió romper las defensas y, cuando se dispuso de la oportunidad, falló la coordinación entre los diferentes frentes abiertos y la disponibilidad de refuerzos. De nuevo, los resultados habían sido nulos, pero el coste para los brigadistas altísimo.

Brunete

La nueva batalla vivida entre el 6 y el 26 de julio de 1937 al noroeste de Madrid repitió, de forma aumentada, lo ya vivido en Huesca. De nuevo, el protagonismo recayó en la 45ª División Internacional. De nuevo, el alto mando republicano aprovechó en primera instancia el factor sorpresa. Y, de nuevo, se subestimó la resistencia franquista. A esta repetición se añadieron dos novedades terribles para los republicanos: la supremacía en el aire pasó

desde este momento a manos enemigas y la intachable hoja de servicios de los brigadistas registró su primer gran desastre.

El Estado Mayor republicano había estado concentrando tropas de forma discreta para una supuesta nueva ofensiva en Aragón, pero su objetivo se situaba justo al otro extremo de Madrid, pues se quería liberar a la capital de la tenaza franquista sobre la carretera de La Coruña y alcanzar Móstoles y Navalcarnero. El día 6 de julio se iniciaban las operaciones con todo el apoyo artillero y aéreo disponible, pero tras dos días de combate ya se hizo evidente que la resistencia franquista iba a ser numantina y que el ejército republicano era incapaz ya de emprender una ofensiva de largo alcance, tanto en el tiempo como en el espacio.

Si hasta el día 11 la supremacía había sido para el bando republicano, pues había conseguido acumular una importante masa de artillería, tanques, aviación y soldados, sin embargo, de forma desordenada pero progresiva las tropas franquistas empezaron a equilibrar la balanza. Esta capacidad de resistencia de los sublevados —no prevista por los republicanos— les permitió ganar tiempo suficiente para permitir la llegada de tropas de refresco para el bando franquista, ni más ni menos que los temidos y brutales legionarios que, junto con las compañías de los regulares (así se denominaban las tropas marroquíes), igualmente temidas, cubrieron todos los huecos abiertos en el frente. A la par, el bando sublevado lograba imponer por primera vez su ley en el aire.

El desgaste durante los primeros días fue terrible. Las unidades quedaron completamente diezmadas y las nuevas agrupaciones creadas a la desesperada, englobando por ejemplo a la XII y la XV Brigada Internacional, no modificaron el resultado ni desbloquearon el frente. Además, los sanguinarios ataques y contraataques convivían con un calor abrasador que convirtió Brunete en la batalla de la sed. Como explica Víctor Hurtado, por primera vez cundían los actos de desobediencia entre los brigadistas —la XV tuvo que abandonar la primera línea tras ser destrozada— y, lo que es peor, empezó el desánimo y la sensación de que la guerra podía perderse.

Las circunstancias no mejoraron entre el 12 y el 16 de julio, simplemente cambiaron los protagonistas. Así, aquí fueron diversos batallones de la XIII y la XV Brigada Internacional quienes se llevaron la peor parte, al tener que

enfrentarse a la contraofensiva franquista. En la sinrazón del momento, Villafranca del Castillo se convirtió en objeto de deseo obsesivo por ambos bandos. Su cota máxima era conquistada por los franquistas el día 20 y entre el 21 y el 23 cambiaba de manos diversas veces. Finalmente, un contundente bombardeo aéreo permitió consolidar su posición a los sublevados, tras una inútil y sangrienta resistencia en la zona del cementerio. La lucha por esta posición aún tuvo un colofón trágico con un absurdo contraataque el día 25 de julio que acabó en desbandada. Tan solo la prioridad que el mando franquista otorgó a la reanudación de la ofensiva sobre Santander evitó que la huida acabase en trágica aniquilación.

La reacción de los mandos ante la derrota y el pánico que cundió en las filas republicanas, sobre todo entre los brigadistas, fue tan contundente como dramática. Adoptaron medidas de ejecuciones sumarias, reclusión en prisiones y campos de trabajo y reeducación, y también de depuración y cese de algunos de los mismos mandos. La dureza del castigo incluso obligó a intervenir a las legaciones diplomáticas para proteger a algunos de sus ciudadanos voluntarios. Sin embargo, la purga no pudo camuflar que la moral de combate se había quebrado, que la renovación del armamento resultaba deficiente y que la coordinación era a menudo ineficaz. Todo junto, y sumado al gran número de bajas para unos resultados militarmente desastrosos, comportó el abandono del frente por parte de algunas unidades, con actos de rebelión y desobediencia, y el retorno a sus países de grupos de brigadistas voluntarios.

Belchite

Sin embargo, la batalla de Belchite permitió a los brigadistas resarcirse, en parte, del descalabro de Brunete, pero fue también el principio de su fin como fuerza diferenciada y decisiva dentro del ejército republicano. Las operaciones militares desarrolladas entre agosto y octubre de 1937 tuvieron como objetivo tomar Zaragoza, una de las obsesiones del Estado Mayor republicano, para desequilibrar a su favor el dominio peninsular. No obstante, se desaprovechó tanto el esfuerzo como el éxito bélico en combates previos que no permitieron alcanzar la capital aragonesa.

Los brigadistas demostraron que con abundante material, ayuda artillera y mando organizado resultaban una magnífica y terrible fuerza de choque, pero sus conquistas se limitaron a poblaciones fortificadas franquistas muy lejos de Zaragoza. En otras palabras: se conquistó, y arrasó, Quinto de Ebro y Belchite, pero nunca estuvo al alcance el objetivo principal. Tampoco distrajo en exceso el imparable avance franquista en el norte y, por lo tanto, la balanza se decantó un poco más a favor del bando rebelde.

La ofensiva republicana en Aragón había movilizado a 80.000 efectivos contra 20.000 combatientes franquistas completamente atrincherados. Los primeros avances victoriosos fueron a cargo de la nueva agrupación bautizada como 35ª División Internacional y donde se encontraban batallones diversos de diferentes Brigadas Internacionales. Dirigidos por el general Walter, apodo del comunista y militar polaco Karol Waclaw Swierczewski (1897-1947), los batallones Lincoln y Dimitrov protagonizaron un ataque contundente y rápido que se benefició de la ayuda de tanques, artillería y aviación. El 26 de agosto Quinto de Ebro caía en manos republicanas y se convertía en una victoria emblemática para los brigadistas.

Sin embargo, los posteriores esfuerzos para acabar con los pequeños focos de resistencia malbarató la victoria, ya que al no seguir avanzando se permitió que los refuerzos de regulares y legionarios tomaran posiciones en Belchite. Dado que no era posible dejar a 3.000 soldados enemigos en la retaguardia, la ofensiva republicana se detuvo para rendir la pequeña población zaragozana. Rápidamente se descartaba el asedio, pues se tenía prisa por avanzar, se corría el peligro que los asediados recibieran ayuda, repitiéndose lo vivido en el Alcázar de Toledo y, además, los franquistas contaban con víveres y suministros suficientes para muchos días. Por lo tanto, se optó por un combate frontal, luchando calle por calle, con un coste terrible en víctimas por ambos bandos. De nuevo, en el caso republicano, la misión recayó en los batallones Lincoln y Dimitrov, que venían de triunfar en Quinto. El 5 de septiembre se rendía la ciudad: Belchite estaba arrasada y Zaragoza quedaba definitivamente fuera de alcance.

Las mieles del éxito duraron poco en los labios de los voluntarios extranjeros. A pesar de haberse resarcido de su actuación en Brunete y de haber pagado un alto precio en vidas en Belchite, el fracaso en la conquista de Zaragoza necesitaba de un chivo expiatorio. Nuevamente se volvía a

hablar de la falta de material, del desconocimiento del enemigo, de la poca coordinación y, sorprendentemente, de la actitud de los brigadistas. A ello se sumó la purga política interna, puesta en marcha a raíz de Brunete, y también la decisión del ministro Indalecio Prieto de modificar el 23 de septiembre de 1937 los estatutos de este cuerpo extranjero, integrándolo completamente en la estructura del ejército republicano. Los voluntarios no solo perdían su autonomía, sino que además quedaban sujetos al Código de Justicia Militar español. El desgaste acumulado, las críticas reiteradas, las purgas políticas y la pérdida de identidad acentuaron la desmotivación de los brigadistas.

Entre el otoño de 1937 y el invierno de 1938, los diferentes batallones, tanto los antiguos como los de nueva creación, quedaron sujetos a la 35ª y la 45ª División Internacional. A pesar de su carácter de fuerza de choque, la mayoría de efectivos se acantonaron lejos de los frentes principales. Incluso en un primer momento, no participaron de la ofensiva republicana para recuperar Teruel en diciembre de 1937, quedando en posiciones de reserva. Finalmente, ante la imposibilidad de conquistar la ciudad, se reclamó la presencia de los batallones de la XI y la XV Brigada Internacional para reforzar posiciones en diferentes puntos del asedio a la capital turolense.

Teruel cayó el 8 de enero de 1938 en manos republicanas, pero el día 17 los franquistas contraatacaron con dureza. El intenso fuego artillero y de aviación obligó a retroceder con grandes pérdidas a las tropas republicanas, incluidos los brigadistas. Estos últimos, representados por los batallones Edgar André y 12 de Febrero, lograron resistir en una última cota, el Muletón, hasta el día 19, cuando les relevaron los British. Pero el esfuerzo resultó inútil y al día siguiente abandonaron la posición y el frente se rompió. Se inició así una auténtica desbandada que no acabaría hasta el 15 de abril, cuando las tropas franquistas conquistaron Vinaroz y rompieron en dos el territorio republicano.

La batalla del Ebro

La fractura del territorio republicano forzó el cierre de la base de Albacete.

La reorganización de las Brigadas Internacionales supuso el traslado de sus principales bases a Cataluña, a excepción de algunos centenares que parece ser quedaron en la otra zona todavía controlada por la República. Entre las diversas instalaciones, destacan, por ejemplo, las de carácter hospitalario y asistencial distribuidas en diversos puntos del territorio (Cambrils, Manresa, Mataró, Olot, s'Agaró, la Seu d'Urgell, Vic o Vilaseca).

Sin embargo, Barcelona y su área metropolitana concentraba los principales asentamientos: es el caso de los cuarteles Karl Marx (cerca del parque de la Ciudadela) o la masía Can Carol del barrio de Horta, entre otros. Esta última ubicación, además de una oficina administrativa, albergaba un centro de detenidos, básicamente desertores. De hecho, los reveses militares y la baja moral multiplicaron su número, instalándose incluso un centro de control en Cambrils, provincia de Tarragona, con el único objetivo de controlar a los fugitivos y reunir a los dispersados. La sobrepoblación y un intento de amotinamiento en la base de Horta conllevaron que algunos presos fueran ejecutados y la mayoría enviados a la antes citada y temida cárcel de Castelldefels o a batallones disciplinarios.

Las todavía llamadas Brigadas Internacionales eran ya en este momento una sombra de su antiguo esplendor, pues el reclutamiento había casi desaparecido a medida que la esperanza se disipaba derrota tras derrota. Aunque se mantenían algunos de los históricos batallones agrupados según el idioma, casi el 70 por ciento de los efectivos eran ya unidades españolas, con soldados de leva e incluso forzados de los Campos de Trabajo.

Mientras la CXXIX Brigada Internacional se mantenía activa en la zona de Levante, aunque de retirada en retirada, la gran mayoría de efectivos ahora en Cataluña eran alejados de primera línea para facilitar su recuperación y reorganización. La pausa fue breve, pues el Gobierno republicano necesitaba contar con todas sus fuerzas para llevar a cabo una ofensiva que le permitiera cruzar el Ebro, convertido en línea de frente, por el sur de Cataluña, recuperar la iniciativa y demostrar a la comunidad internacional y a su propia población que todavía disponían de fuerzas para quizás no ganar, pero sí resistir. Se trataba de una zona, en principio, con pocos efectivos y, por lo tanto, susceptible de permitir el efecto sorpresa y de aliviar la presión sobre Valencia.

El 25 de julio se iniciaba la ofensiva que buscaba ocupar Gandesa y

consolidar una amplia cabeza de puente. Los batallones Adam Mickiewicz, Rakosi y Palafox de la XIII Brigada Internacional fueron de los primeros en vadear el Ebro. A continuación le llegaba el turno, algo más al norte, a los batallones Hans Beimier y Edgar André de la XI Brigada Internacional que lograban conquistar Ascó, al día siguiente, gracias al Batallón 12 de Febrero. Finalmente, mucho más al sur intentaban abrirse camino los batallones Comuna de París, Vaillant-Couturier, André Marty y Henri Barbusse.

Los primeros resultados no fueron los previstos, pues la información sobre el estado del terreno se reveló deficiente y el factor sorpresa fracasó. Así, de los 1.000 hombres del Batallón Comuna de París solo regresaron 100, la mayoría heridos. El principal fracaso fue la incapacidad para conquistar Gandesa. Como señala Víctor Hurtado, al no saber aprovechar el impulso inicial, la batalla por esta capital de comarca se convirtió en un auténtico infierno durante los 10 días, del 25 de julio al 6 de agosto, que se prolongó. Las Brigadas Internacionales XIII y XV sufrieron en primera persona el desgaste hasta la extenuación en una batalla de constantes ataques y contraataques, donde el enemigo contaba con superioridad aérea y donde los avituallamientos propios escaseaban, pues las pasarelas sobre el Ebro eran víctimas bien de las bombas, bien de la riada provocada por la apertura de las compuertas de las presas hidroeléctricas pirenaicas controladas por los franquistas.

Estabilizado el frente a las puertas de Gandesa, los enfrentamientos se trasladaban a campo abierto, en concreto a las peladas Sierras de Pàndols y Cavalls. Decidido a no ceder un palmo de terreno, Franco reorientó su potencia de fuego hacia las recién tomadas cabezas de puente y el 14 de agosto ordenaba un contraataque a través de estas montañas. Durante 15 días, se luchó en un combate cuerpo a cuerpo, donde el gran número de pérdidas por ambos bandos daba la razón a quien renombró una de las disputadas posiciones tácticas como “cota de la muerte”. En un primer momento y a costa de grandes bajas, tanto la XV Brigada Internacional como la XI conseguían consolidar sus posiciones en Pàndols. Se trataba de victorias pírricas y con fecha de caducidad, pues el frente se rompía por otros sectores y se hacía evidente la imposibilidad de mantener las cabezas de puente por mucho tiempo. Y, sin embargo, la resistencia republicana se enconaba. En esta situación se hacía pública la decisión del Gobierno Negrín de retirar las tropas extranjeras. La batalla del Ebro se había

convertido en el último gran escenario de las Brigadas Internacionales.

Capítulo 4

La retirada

El presidente del Gobierno Juan Negrín buscaba evitar la derrota republicana a través de una salida internacional: fuese mediante una mediación, fuese por el estallido de un enfrentamiento global que reorganizase las alianzas. Para lograr una posición negociadora más o menos firme, se organizó la ofensiva del Ebro. Tras la partición del territorio leal, se imponía una demostración de fuerza que hiciera creíbles las posibilidades de victoria o, cuando menos, de prolongación de la guerra.

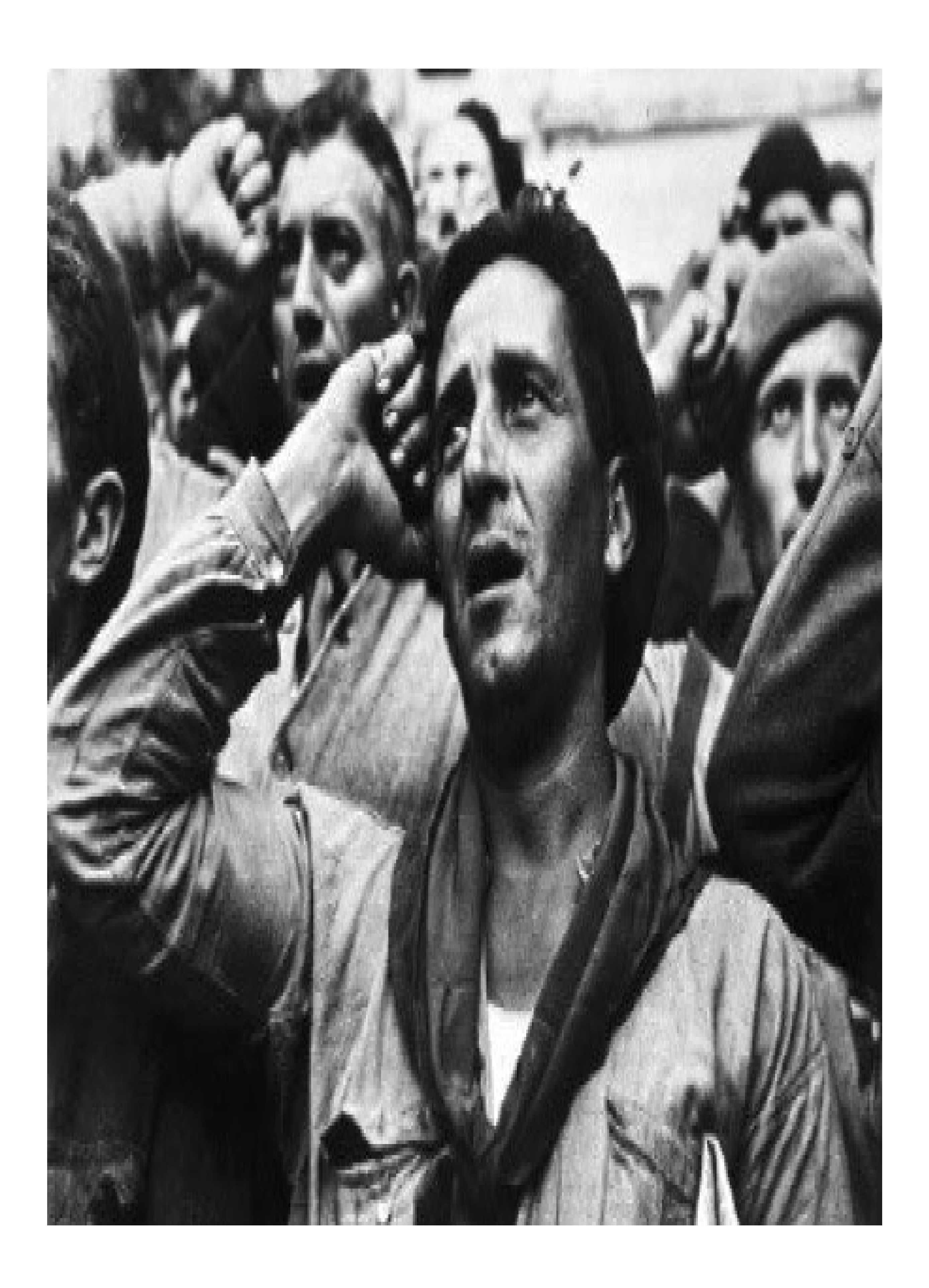
Que la iniciativa militar tenía un trasfondo político y diplomático se evidenció rápidamente, cuando tras la victoria inicial republicana el frente se estabilizó y Negrín, en plena crisis de los Sudetes checoslovacos, lanzó la propuesta de retirada de los combatientes extranjeros. De hecho, el mensaje de Negrín a la Sociedad de Naciones, el 21 de septiembre de 1938, hacía solo referencia a los brigadistas internacionales, pero llevaba implícita la petición de que Franco hiciera lo propio en su bando.

La posible salida de los combatientes extranjeros se presentaba como una posible palanca para activar unas negociaciones de cara a frenar la guerra. En realidad, nunca existió tal posibilidad, pues el compromiso de Alemania y, sobre todo, de Italia era muy firme y la dependencia del apoyo exterior era esencial para garantizar la superioridad militar de Franco.

Sin embargo, Negrín quiso jugar esa última carta. De hecho, era un riesgo hasta cierto punto calculado, pues los brigadistas estaban agotados y los batallones internacionales ya contaban con más españoles que extranjeros. Aunque seguían siendo unas fuerzas importantes, habían ido perdiendo relevancia a causa de las bajas, las diferencias ideológicas y el cansancio acumulado por un conflicto que se acercaba ya a su tercer año de guerra.

La Sociedad de Naciones, a través de una comisión especial, tenía que verificar la retirada de los brigadistas, entonces ya un poco menos de 10.000 efectivos en Cataluña y algo menos de 3.000 en la zona centro-sur. Estos casi 13.000 voluntarios, cuyo número incluía tanto los estrictamente brigadistas como el personal sanitario y los combatientes integrados en unidades regulares, debían abandonar el territorio español en pocas semanas. El 23

de septiembre, dos días después del anuncio de Negrín, debía ser su último día de combate.



Despedida de los brigadistas, Barcelona, 1938.

© Robert Capa. Fuente: International Center of Photography.

El 16 de octubre las unidades implicadas en la batalla del Ebro concretaban su relevo. En la propia base de Albacete, también tenía lugar una despedida oficial con la participación del Estado Mayor del ejército republicano, encabezado por Negrín, y ante la presencia de su máximo responsable, André Marty. Sin embargo, la imagen más famosa se daba el 28 de octubre de 1938, con el emotivo desfile de despedida y homenaje por las calles de Barcelona.

La ceremonia se inició a las cinco de la tarde en la avenida del 14 de Abril —la actual avenida Diagonal—, cerca del Palacio Presidencial, residencia oficial del presidente Azaña —el actual palacio de Pedralbes—, pasó por la plaza Hermanos Badia —hoy plaza Francesc Macià— y continuó por el paseo de Gracia hasta la plaza Catalunya. Con los brigadistas, también desfilaron diversas unidades del ejército republicano: una sección motorizada, una compañía de la Armada, la compañía de Infantería de Marina, la compañía de ametralladoras, profesores y alumnos de la Escuela Popular de Guerra y una compañía de aviación con más de 100 aparatos realizando vuelos rasantes.

Las imágenes conservadas, analizadas por Magí Crusells, muestran unas calles repletas de gente que lanzaba confeti al estilo de las parades americanas, saludaba y vitoreaba a unos voluntarios que, por un día, habían cambiado sus armas —por otra parte tan necesarias para los republicanos— por banderas y flores. El desfile se prolongó durante horas, con escenas de abrazos emocionados entre los brigadistas y la población que, lógicamente, la República utilizó y difundió. El acto oficial fue presidido por las máximas autoridades, con el presidente Azaña, el jefe de Gobierno Negrín, el presidente de las Cortes Diego Martínez Barrio, el presidente de la Generalitat Lluís Companys y ministros y diputados de las diferentes fuerzas que apoyaban la República.

La Comisión Internacional nombrada por la Sociedad de Naciones inició sus trabajos el 14 de octubre desde Perpiñán, presidida por el general

finlandés Jalander y formada por agregados militares de Estados Unidos, Gran Bretaña, Chile, Letonia, Suecia, Noruega, Irán y Dinamarca. La salida no resultaba fácil y no solo por razones logísticas, pues al territorio republicano dividido se sumaba el hecho de que buena parte de aquellos voluntarios, o bien no iban a ser bien recibidos en sus países de origen, o directamente no tenían lugar a dónde dirigirse. Los búlgaros, por ejemplo, vieron cómo les era retirada su nacionalidad. Ello provocó que, mientras algunos brigadistas sí que regresaron a sus países, otros se quedaron retenidos en la frontera francesa (hasta 6.000 brigadistas se vieron bloqueados) y se tuvieron que dispersar por terceros países, enrolándose muchos de ellos en nuevas actividades revolucionarias en cuanto comenzó la Segunda Guerra mundial.

En efecto, el regreso de los brigadistas a sus países de origen estuvo marcado por el enrarecido clima prebélico de la primavera y verano de 1939. En París, la bienvenida fue el último acto multitudinario que pudo organizar el Gobierno del Frente Popular francés, ya en disgregación y en retroceso. Esto no fue obstáculo para que, a la par, aquellos voluntarios que habían participado en la guerra civil española, pero no habían cumplido con el servicio militar francés, fueran sometidos a consejo de guerra. La acogida en Londres tuvo un carácter popular y políticamente abierto, con una participación destacada de los militantes del Partido Laborista. En cambio, en Nueva York la única presencia oficial fue la de la policía que rodeó tanto a los brigadistas como a los escasos familiares, amigos y simpatizantes que acudieron a la cita. Resulta llamativo el caso de Suiza, donde sus 400 brigadistas fueron condenados a penas de entre uno y seis meses.

En todo caso, algunos extranjeros persistieron en su compromiso y permanecieron integrados en unidades ajenas a los brigadistas, fuese por convicción o por no ver que fuera factible su retorno por la situación política de su país. Así, entre 5.000 y 6.000 extranjeros, sobre todo italianos, alemanes, polacos, húngaros, portugueses, suizos y estonios, se quedaron en España, rechazando incluso la oferta de acogida de terceros países como Francia y algunas repúblicas latinoamericanas. En algún caso, como relata Jesús González de Miguel, intentaron recuperar viejas unidades. Así, el 23 de enero de 1939 se intentó refundar la XIII Brigada a partir de las antiguas unidades Dombrowski y Rakosi, bajo el mando del húngaro Miklos Szalway, más conocido como Chapáyev, en recuerdo del guerrillero ruso (1887-1919), cuya hagiografía fílmica, rodada en 1934, tuvo un gran éxito en

la España republicana. El intento resultó infructuoso, pues dos semanas más tarde se veían obligados a cruzar la frontera, acuciados por las tropas franquistas, y eran internados en los campos franceses de prisioneros, entre enero y marzo de 1939.

Los brigadistas, al igual que el resto de detenidos republicanos, fueron distribuidos por los diferentes campos improvisados a lo largo del sur de Francia. Diversas organizaciones como el Comité d'Aide a l'Espagne Republicaine, el Partido Comunista Francés, la Cruz Roja, la Centrale Sanitaire Internationale y otras organizaciones benéficas se volcaron en ayudar a los brigadistas en los campos, consiguiendo fondos para pagar viajes o tramitando pasaportes. Pero el estado de los campos, la deficiente alimentación y la lentitud de las delegaciones consulares para la obtención de visados facilitaron la evasión, sin olvidar la delicada situación de los heridos y mutilados que durante bastantes meses colapsaron los hospitales cercanos a la frontera.

Los campos de Saint Cyprien, Argelès-sur-Mer y Mauresque-Collioure, todos ellos en la costa del Rosellón, acogieron a brigadistas entre enero y febrero de 1939, mientras que entre marzo y mayo hallamos a voluntarios extranjeros encerrados en los campos de Gurs (ya en el Pirineo atlántico) y Vernet (en el Pirineo oriental). Aquellos que fueron reclamados desde sus países de origen por familiares u organizaciones próximas pudieron escapar del internamiento. Para el resto, la única salida fue la incorporación a las múltiples compañías de trabajadores extranjeros o, si tenían más suerte, contratarse para algún particular.

En general, lo cotidiano acabó imponiéndose y rápidamente los distintos brigadistas cayeron en el olvido para la mayoría de la población, mucho más preocupada por los tambores de guerra que se hicieron trágicos a partir de septiembre de 1939, cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial. Paradójicamente, su estallido les ofreció la ocasión para ser revalorizados por su compromiso antifascista y por su persistencia en la lucha. Hubo quienes se integraron en unidades militares, otros pasaron a ser piezas decisivas en la resistencia antifascista, también hubo quien pudo huir a terceros países y quien cayó en manos de las tropas de ocupación nazis, convirtiéndose en mano de obra cuando no enviado a los campos de concentración y exterminio. En el caso de la resistencia, muchos de los hombres que habían participado, e incluso protagonizado, las principales

gestas de las Brigadas Internacionales reaparecieron como partícipes y dirigentes de los diferentes movimientos partisanos en Francia, Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia o Hungría. Como recuerda José Luis Martín Ramos, el joven exvoluntario comunista francés Pierre Georges (1919-1944) protagonizó el primer atentado contra un militar francés en París el 21 de agosto de 1944. Para muchos de aquellos antiguos brigadistas, la nueva guerra no era sino un episodio más de su antigua lucha contra el fascismo y, en muchos casos, a favor del comunismo.

Como nos recuerda el hispanista holandés y coeditor de la revista The Volunteer Sebastiaan Faber, derrotados en España, aquellos voluntarios acabarían ganando la guerra contra el fascismo seis años después.

Capítulo 5

El recuerdo de las Brigadas Internacionales

Cuando se cumplen más de 80 años de su creación, todavía las Brigadas Internacionales resultan molestas en algunos lugares. Así, la iniciativa del rectorado de la Universidad Complutense de homenajearlas con un monumento en la misma Ciudad Universitaria donde combatieron fue objeto de denuncia judicial para intentar evitar su inauguración en 2011. También el bautizo como "Brigadas Internacionales" de unos jardines públicos del barrio madrileño de Vicálvaro en 2016 y la posterior inauguración de un monumento no estuvieron exentos de polémica. A pesar de renunciar a la idea inicial de renombrar toda la plaza, el cambio en el nomenclátor solo contó con el voto favorable de la entonces coalición de gobierno municipal formada por Ahora Madrid y el PSOE, mientras que el Partido Popular se opuso y Ciudadanos se abstuvo. Posteriormente y en diversas ocasiones, ambos monolitos han sido vandalizados por grupúsculos neonazis.

De alguna manera, la memoria de los brigadistas —como sucede con la guerra civil y el franquismo, en general— se sigue utilizando como arma arrojadiza desde la política del presente, en una muestra más de cómo ciertos sectores no han acabado de asimilar y aceptar lo que significaron tanto la guerra como la dictadura implantada por los vencedores. Como recuerda Alberto Reig Tapia, para el franquismo, y para algunos de sus herederos reales y/o sentimentales, los brigadistas siempre fueron un grupo de mercenarios revolucionarios extranjeros enviados por Stalin que habrían venido a España a combatir por el triunfo del comunismo y para hacer desaparecer la civilización cristiano-occidental.

Esta crispación política tiene, por suerte, espacios limitados y una repercusión pública circunscrita a círculos fanatizados. Una rápida búsqueda permite localizar decenas de vías públicas dedicadas a las Brigadas Internacionales en poblaciones de toda la geografía española. Tampoco escasean los monolitos, monumentos y lugares de memoria donde se honora y preserva el recuerdo de aquellos voluntarios extranjeros.

A menudo estas iniciativas cuentan con algunas de las asociaciones de

antiguos brigadistas que, por razones evidentes, de ley de vida, han pasado a agrupar sobre todo a familiares, simpatizantes y personas interesadas en aquel movimiento. Destacan por su constancia y por el interés de los trabajos llevados a cabo The Volunteer, centrada en la Brigada Abraham Lincoln, creada por los voluntarios estadounidenses; el Memorial Trust, referente a la cuestión brigadista en Gran Bretaña y sus antiguos dominios; los Amigos de los Combatientes en la España Republicana, que juega el mismo papel en Francia, o la Asociación Italiana de Combatientes Voluntarios Antifascistas de España respecto de Italia.

Respecto a España, destacan la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales y el más académico Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales, instalado en Albacete como centro mixto de la Universidad de Castilla-La Mancha y del Instituto de Estudios Albacetenses, de la Diputación provincial. También se encuentran diversos grupos españoles que tienen la historia de los brigadistas como objeto de estudio principal. Es el caso, por el ejemplo, del proyecto financiado por el Gobierno español para recuperar y conservar la memoria oral de los brigadistas internacionales procedentes de lugares tan diversos como Argentina, México, Canadá o Cuba, en el caso americano, o Bulgaria y los territorios de la antigua Unión Soviética, en el caso euro-asiático. Su principal concreción es el repositorio de los testimonios orales recogidos, así como de la documentación generada en el transcurso del proyecto.

En otras palabras, la principal labor académica ya está prácticamente completada en sus facetas más importantes. Faltarían pequeños detalles y algunas aportaciones de limitada envergadura, pues son pocos los archivos que quedan por trabajar y, por desgracia, menos aún los testigos o testimonios personales por recoger.

De hecho, en los últimos años se han sucedido las noticias sobre la muerte del supuesto último combatiente vivo. En 2012 se aplicaba el calificativo a David Lomon —en realidad se apellidaba Solomon, pero le aconsejaron recortarlo para parecer menos judío y ayudarle a sobrevivir en caso de caer preso por los fascistas—, quien con 18 años se apuntó voluntario y solo comunicó su destino a su familia por carta al llegar a España. Todavía un mes antes de su fallecimiento, visitaba Madrid y enseñaba con orgullo su pasaporte español concedido por la ley de memoria histórica.

Cuatro años más tarde, se repetía el titular ahora con Stan Hilton, marino mercante que con 19 años había desembarcado en noviembre de 1937 en Alicante. A pesar de la derrota, de los años pasados y de haber emigrado a Australia en 1956, mantuvo hasta el último momento el vínculo con la International Brigade Memorial Trust. Fallecía en las antípodas a los 98 años.

Finalmente, en mayo de 2021 la prensa nacional e internacional informaba de la muerte a los 101 años de Josep Almudéver Mateu, considerado el último brigadista, ya no británico sino internacional. Con solo 16 años, este valenciano nacido en Marsella se unió al contingente voluntario, tras ser rechazado por el Ejército republicano, aprovechando su doble nacionalidad hispano-francesa. Su vida fue objeto de un documental filmado en 2020, cuyo título no podía ser más expresivo: El último brigadista.

Todos estos ejemplos nos muestran una tarea para completar: preservar y difundir su legado. Un legado que debe ser tratado críticamente, sin edulcorantes, pero también sin renunciar a lo ejemplar que reside en él: ese compromiso con unos ideales, esa entrega generosa, esa capacidad de sacrificio. Unos valores que, de alguna manera, reflejaba y exaltaba Rafael Alberti en unos versos de diciembre de 1936:

A las Brigadas Internacionales

Venís desde muy lejos… Mas esta lejanía

¿qué es para vuestra sangre que canta sin fronteras?

La necesaria muerte os nombra cada día,

no importa en qué ciudades, campos o carreteras.

De este país, del otro, del grande, del pequeño,

del que apenas si al mapa da un color desvaído,

con las mismas raíces que tiene un mismo sueño,

sencillamente anónimos y hablando habéis venido.

No conocéis siquiera ni el color de los muros

que vuestro infranqueable compromiso amuralla.

La tierra que os entierra la defendéis seguros,

a tiros con la muerte vestida de batalla.

Quedad, que así lo quieren los árboles, los llanos,

las mínimas partículas de la luz que reanima

un solo sentimiento que el mar sacude: ¡Hermanos!

Madrid con vuestro nombre se agranda y se ilumina.

Por desgracia, la mal llamada memoria histórica se ha convertido en nuestro país en terreno de conflicto y rencilla, pero ello no hace menos necesario trabajar por construir un relato compartido que explique nuestra historia y nos explique a nosotros mismos. No se trata de santificar historias teleológicas ni unívocas, pero sí de identificar elementos compartidos, de reconocer y de reconocerse.

Algo así pensaba años atrás visitando las posiciones republicanas en las sierras de Pàndols y Cavalls cuando, por casualidad, observé un extraño objeto largo y blanquecino que sobresalía de la tierra. Resultó ser un fémur humano. De hecho, los habitantes de los antiguos frentes bélicos están acostumbrados a encontrar restos diversos de aquellos enfrentamientos.

Hasta ahora se ha echado en falta una iniciativa global para recuperar, identificar y dotar de la dignidad merecida a las víctimas y a los espacios donde se encuentran. De hecho, la mayoría de las exhumaciones realizadas hasta ahora han sido impulsadas por asociaciones privadas y por una creciente implicación de administraciones locales y autonómicas. Según los

datos de Lourdes Herrasti entre el 2000 y el 2018, se excavaron 743 fosas y se recuperaron 9.009 personas, el 89% de las cuales correspondían a población civil, no participantes en la guerra. En 2020, quizás se superaron las 9.500 víctimas exhumadas, pero todavía lejos de las 114.000 personas registradas en el auto del juez Baltasar Garzón de 2008 sobre desaparecidos durante el franquismo.

La nueva Ley de Memoria, aún en discusión en 2021 y que debe substituir la ley memorialista de 2007, supone un cambio en la aproximación gubernamental a la cuestión de las fosas. Así, el actual redactado obliga al Estado a actuar de oficio en la apertura e identificar los restos de víctimas, a través de un plan estatal de exhumaciones que incluye la creación de un banco de ADN, un censo de víctimas y un primer plan de choque que destinaría 1,5 millones de euros en subvenciones a administraciones locales y autonómicas, universidades, fundaciones y asociaciones para abrir 114 fosas del franquismo en trece regiones españolas.

Respecto de los brigadistas internacionales, la nueva ley les atañe colateralmente en tanto puedan recuperarse los restos de los voluntarios internacionales enterrados en España, aunque su identificación se antoje compleja por la falta de referencias para la comparación. Tampoco es descartable que, a título póstumo, también se les pueda otorgar alguna distinción oficial, más allá de la concesión de la nacionalidad española (de forma limitada en 1996, pues obligaba a renunciar a la propia, y sin limitaciones y compatible en 2007).

Mientras estos cambios legislativos no se confirman, sí que, al calor de los diferentes aniversarios de su paso por España, se suceden los homenajes, a menudo nacidos de iniciativas particulares o locales, pero no únicamente, que recuerdan a aquellos voluntarios. Esta diversidad de actividades sirve, sin duda, para mantener la memoria de las Brigadas Internacionales, con cuyos integrantes seguimos estando en deuda.

En 1937 el famoso poeta británico W. H. Auden (1907-1973) estuvo siete semanas en España apoyando al bando republicano como camillero y conductor de ambulancias antes de darse cuenta que podía ser mucho más útil como periodista y testigo literario de la guerra. Así, al poco de regresar a casa, compuso “Spain 1937” donde, en un momento determinado, el poeta dice: “I am your choice, your decision: yes, I am Spain” (“Soy tu elección, tu

decisión. Sí, soy España”). A una llamada parecida a esta, respondieron los integrantes de las Brigadas Internacionales.

Bibliografía

Álvarez, Santiago (1996): Historia política y militar de las Brigadas Internacionales. Testimonios y documentos, Compañía literaria, Madrid.

Ballesteros Castillo, Fernando (2006): Las Brigadas Internacionales. De Thorez a Togliatti pasando por Tito, San Martín, Madrid.

Beevor, Antony (2005): La guerra civil española, Crítica, Barcelona.

Berger, Gonzalo y Balló, Tània (2021): Les combatents. La història oblidada de les milicianes antifeixistes, Rosa dels Vents, Barcelona.

Blanes, Nacho; Sánchez Castillo, Adrián y Quinn, Paul (2014): Las cartas del Batallón Británico. Las Brigadas Internacionales en la guerra civil española, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Boragina, Jerónimo E. y Sommaro, Ernesto R. (2016): Voluntarios judeoargentinos en la Guerra Civil Española, Ediciones CCC, Buenos Aires.

Brasó Broggi, Carles (2022): Los médicos errantes, Crítica, Barcelona.

Campos, Miguel (2022): Armas para la República, Crítica, Barcelona.

Cantaluppi, Augusto y Puppini, Marco (2016): "Sin jamás haber empuñado un fusil". Antifascistas italianas en la Guerra Civil española 1936-1939, Prefacio de Laura Branciforte, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca.

Casanova, Julián (2010): De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España, Crítica, Barcelona.

— (2014): República y guerra civil, Crítica y Marcial Pons, Barcelona y Madrid.

Castells, Andreu (1974): Las Brigadas Internacionales en la Guerra de España,

Ariel, Barcelona.

Celada, Antonio R. y Pastor García, Daniel (2013): Las Brigadas Internacionales: 70 años de memoria histórica, Amaru, Salamanca.

Cowles, Virginia (1941): Looking for Trouble, Harper, Nueva York.

Crusells, Magí (2015): "El cine como fuente histórica: la despedida de las Brigadas Internacionales en Barcelona", en Josep Sánchez Cervelló y Sebastián Agudo (coords.), Las Brigadas Internacionales: nuevas perspectivas en la historia de la Guerra Civil y del exilio, Publicacions URV, Tarragona, pp. 441-456.

Dalla-Corte Caballero, Gabriela (2016): De España a Francia. Brigadistas paraguayos a través de la fotografía, Universitat de Barcelona, Barcelona.

De Mesa, José Luis (1998): Los otros internacionales: voluntarios extranjeros desconocidos en el bando nacional, Barbarroja, Valencia.

Deacon, David (2008): British New Media and the Spanish Civil War. Tomorrow May Be Too Late, Edimburgo UP, Edimburgo.

Fuertes Zapatero, Ana (2013): "Brigadistas internacionales y sus testimonios orales: la historia de una utopía", en Ana Fuertes Zapatero y María Cadilla Baz (coords.), Las Brigadas Internacionales. Estudio multidisciplinar sobre los testimonios orales de sus protagonistas, Comunicación Social, Salamanca, pp. 23-52.

Fuster Ruiz, Francisco (1985): La guerra: las Brigadas Internacionales, Gráficas Quintanilla, Albacete.

González de Miguel, Jesús (2013): "Recuperando la Historia: últimos testimonios de los combatientes internacionales", en Ana Fuertes Zapatero y María Cadilla Baz (coords.), Las Brigadas Internacionales. Estudio multidisciplinar sobre los testimonios orales de sus protagonistas, Comunicación Social, Salamanca, pp. 53- 200.

González Moreno-Navarro, Manuel (2009): Las Brigadas Internacionales (guerra civil española, 1936-1939): su paso por Cataluña, PPU, Barcelona.

Hochschild, Adam (2016): Spain in Our Hearts. Americans in the Spanish Civil War, MacMillan, Londres.

Hurtado, Víctor (2013): Las Brigadas Internacionales, DAU, Barcelona.

Kowalsky, Daniel (2003): La Unión Soviética y la guerra civil española: una visión crítica, Crítica, Barcelona.

Langdon-Davies, Jonh (2007): Behind the Spanish Barricades. Report from the Spanish Civil War, Reportage Press, Londres (primera publicación por Martin Secker & Warburg Ltd., 1936).

Maestro Bäcksbacka, Javier (2013): “Análisis de los testimonios orales de los brigadistas internacionales: contexto político”, en Ana Fuertes Zapatero y María Cadilla Baz (coords.), Las Brigadas Internacionales. Estudio multidisciplinar sobre los testimonios orales de sus protagonistas, Comunicación Social, Salamanca, pp. 201-221.

Martín Ramos, José Luis (2013): “Internacionales para la defensa de la República en guerra”, en Víctor Hurtado, Las Brigadas Internacionales, DAU, Barcelona, pp. 4-7.

O’Connor, Joseph (1992): Even the Olives are Bleeding-the life and times of Charles Donnelly, New Island Books, Dublín.

Orwell, George (2011): Homenaje a Cataluña, La Llevir-Virus, Barcelona (edición original en inglés de 1938).

Peck, Mary (1988): Red Moon Over Spain. Canadian Media Reaction to the Spanish Civil War (1936-1939), Steel Rail, Toronto.

Petrou, Michael (2008): Renegades. Canadians in the Spanish Civil War, UBC Press, Vancouver.

Reig Tapia, Alberto (2015): “Prólogo”, en Josep Sánchez Cervelló y Sebastián Agudo (coords.), Las Brigadas Internacionales: nuevas perspectivas en la historia de la Guerra Civil y del exilio, Publicacions URV, Tarragona, pp. 9-14.

Sánchez Cervelló, Josep (2015): “Les Brigades Internacionals: de la seva retirada a la glòria”, en Josep Sánchez Cervelló y Sebastián Agudo

(coords.), Las Brigadas Internacionales: nuevas perspectivas en la historia de la Guerra Civil y del exilio, Publicacions URV, Tarragona, pp. 231-256.

Sánchez Cervelló, Josep y Agudo, Sebastián (coords.) (2015): Las Brigadas Internacionales: nuevas perspectivas en la historia de la Guerra Civil y del exilio, Publicacions URV, Tarragona.

Sánchez Zapatero, Javier (ed.) (2021): La trinchera universal. Los voluntarios internacionales y la literatura de la Guerra Civil española, Comares, Granada.

Sepúlveda Losa, María Rosa (1996): "Incautaciones de fincas urbanas en Albacete durante la Guerra Civil", Al-Basit, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, pp. 11-21.

Sepúlveda Losa, María Rosa y Requena, Manuel (2007): La sanidad en las Brigadas Internacionales, Ediciones de la UCLM, Cuenca.

Sepúlveda Losa, María Rosa y Requena, M. (coords.) (2008): Las Brigadas Internacionales: el contexto internacional, los medios de propaganda, literatura y memorias, Nausicaa, Molina del Segura.

Skoutelsky, Rémi (2006): Novedad en el frente: las Brigadas Internacionales en la guerra civil, Temas de Hoy, Madrid.

Snyder, Robert W. (2007): "The New York Press and the Spanish Civil War", en Peter N. Carroll y James D. Fernández (eds.), Facing Fascism New York & the Spanish Civil War, NYU Press, Nueva York, pp. 30-39.

Tremlett, Giles (2021): Las Brigadas Internacionales. Fascismo, libertad y la guerra civil española, Debate, Barcelona.

Tsou, Hwei-Ru y Tsou, Len (2013): Los brigadistas chinos en la guerra civil. La llamada de España (1936-1939), Los Libros de la Catarata, Madrid.

Urcelay-Maragnès, Denise (2011): La leyenda roja. Los voluntarios cubanos en la Guerra de España, Lobo Sapiens, León.

Viñas, Ángel (2006): La soledad de la República: el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética, Crítica, Barcelona.

— (2007): El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937, Crítica, Barcelona.

— (2008): El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin, Crítica, Barcelona.

— (2015): “La creación de las Brigadas Internacionales”, en Josep Sánchez Cervelló y Sebastián Agudo (coords.), Las Brigadas Internacionales: nuevas perspectivas en la historia de la Guerra Civil y del exilio, Publicacions URV, Tarragona, pp. 15-22.

Viñas, Ángel y Hernández Sánchez, Fernando (2009): El desplome de la República: la verdadera historia final de la guerra civil, Crítica, Barcelona.

Yraola, Aitor (1994): “La repercusión de la Guerra Civil española en los países nórdicos con especial referencia a Islandia, 1936-1939”, en Cuadernos de Historia Contemporánea, 16, pp. 131-149.

WEBGRAFÍA BÁSICA

Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social (RGASPI), www.rgaspi.org

Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales (AABI), www.brigadasinternacionales.org

Associazione italiana combattenti volontari antifascisti di Spagna (AICVAS), www.aicvas.org

Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales (CEDOBI), www.uclm.es/centros-investigacion/cedobi

International Brigade, Memorial Trust, www.international-brigades.org.uk

Les amis des combattants en Espagne republicaine (ACER), www.acer-aver.fr/index.php

Museo Virtual de la Mujer Combatiente (MVMC), mujeresenguerra.com

Sistema d’Informació Digital sobre les Brigades Internacionals (Sidbrint), Universitat de Barcelona, sidbrint.ub.edu

The Volunteer, founded by the Veterans of the Abraham Lincoln Brigade, www.albavolunteer.org

Índice